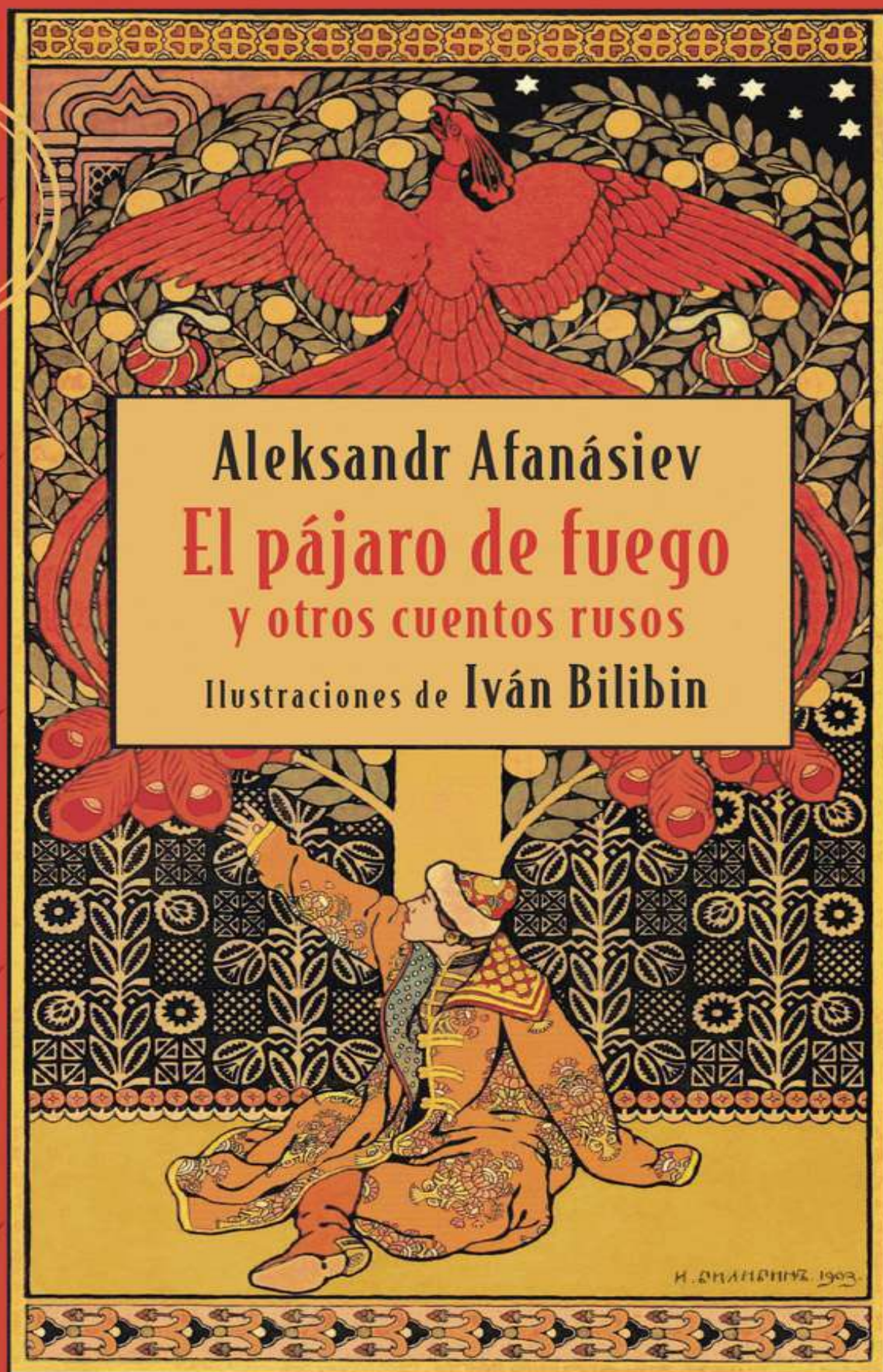
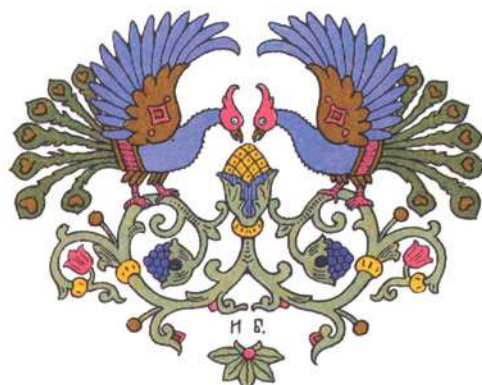




Aleksandr Afanásiev
El pájaro de fuego
y otros cuentos rusos
Ilustraciones de Iván Bilibin

И. БИЛИБИНЪ. 1903.

Aleksandr Afanásiev



El pájaro de fuego
y otros cuentos rusos

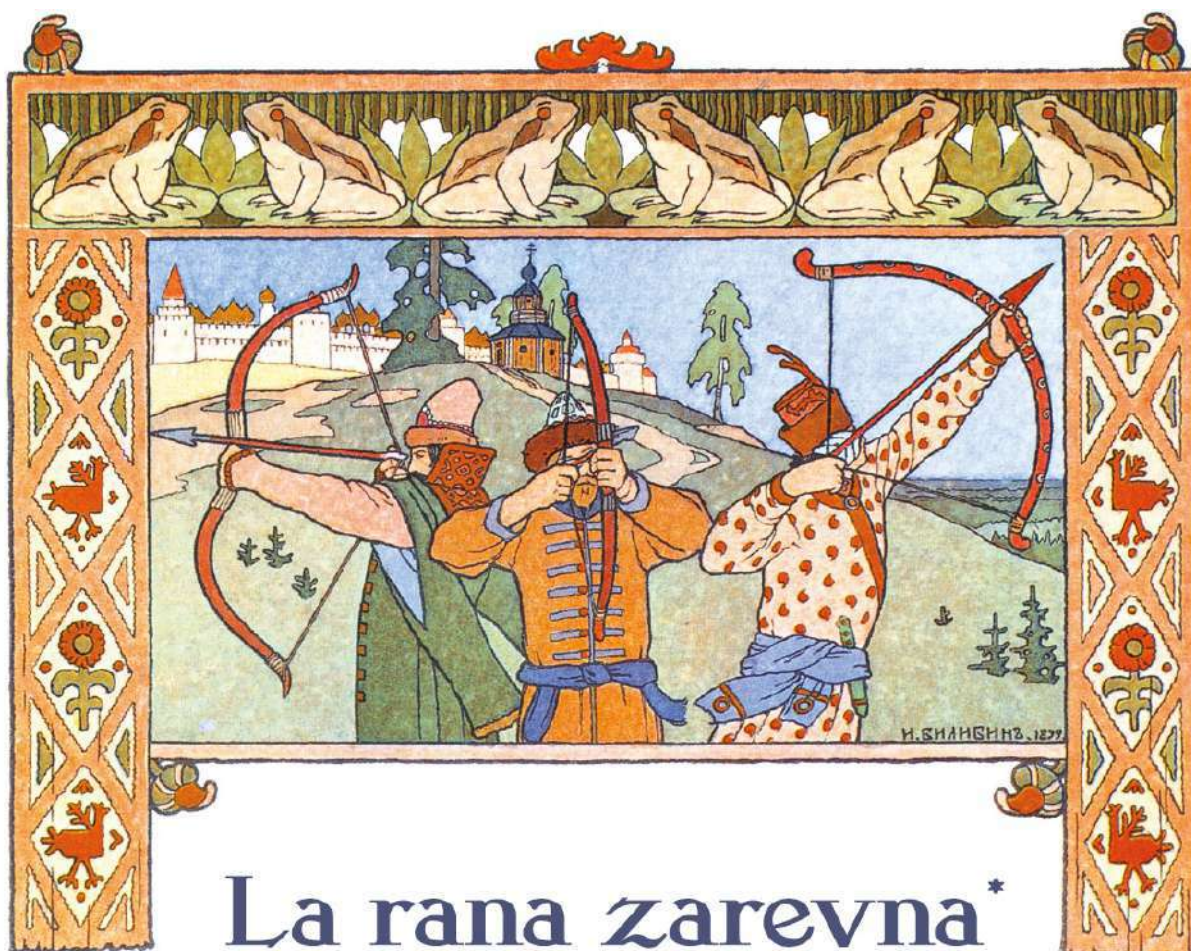
Ilustraciones:

Iván Bilibin

Traducción:

Joaquín Fernández-Valdés





[*]

En un reino muy lejano vivía un zar que tenía tres hijos jóvenes, solteros y tan gallardos que ni la palabra puede expresarlo ni la pluma reflejarlo. El pequeño se llamaba Iván-zaréovich.

Un buen día les dijo el zar:

—¡Queridos hijos! Tomad cada uno una flecha y disparadla con el arco muy tenso: donde caiga buscaréis esposa.

El hermano mayor disparó y su flecha cayó en el patio de un boyardo^[10], frente a la torre de las doncellas. La del mediano voló hasta el patio de un mercader y se clavó en el porche de la casa, donde estaba su encantadora hija. La del pequeño cayó en un sucio pantano, donde la recogió una rana.

Y preguntó Iván-zaréovich:

—¿Cómo me voy a casar con una rana? ¡Somos demasiados distintos!

—Pide su mano —le respondió el zar—; está visto que ese es tu destino.

Así pues, los hijos del zar se casaron: el mayor con la doncella boyarda, el mediano con la hija del mercader y el pequeño con la rana.

Un día el zar los llamó y les anunció:

—Quiero que vuestras esposas tejan para mí una alfombra en una sola noche.

Iván-zaréovich, muy abatido, llegó a sus aposentos con la cabeza completamente hundida entre los hombros.

—¡Croac, croac! Iván-zaréovich, ¿por qué estás tan triste? ¿Es que tu padre te ha dicho alguna palabra poco amable?

—¿Cómo no estar triste? Mi señor padre me ha ordenado que le tejas una alfombra de seda en una sola noche.

—¡No te aflijas, zaréovich! Acuéstate, duerme, reposa; por la mañana las cosas se ven mejor.

Y, en cuanto el joven se hubo acostado, la rana se quitó la piel y se convirtió en una hermosísima doncella, Vasilisa la Sabia. A continuación salió al porche y gritó muy fuerte:

—¡Niñeras, ayas mías! ¡Reuníos y preparaos, tejed una alfombra de seda como aquella sobre la que solía sentarme en casa de mi querido padre!

Dicho y hecho. Cuando a la mañana siguiente Iván-zaréovich se despertó, la rana ya tenía acabada una alfombra con unos bordados de oro y plata tan maravillosos que no se pueden concebir ni imaginar, solo en un cuento contar.

Iván-zaréovich, muy contento, tomó la alfombra y se la llevó al zar.

Llegaron también sus hermanos, cada uno con la suya. Al ver la del hijo mayor, el zar dijo:

—Una alfombra así solo sirve para ponerla frente a una puerta.

Cuando el hijo mediano le mostró la suya, el zar dijo:

—Una alfombra así solo sirve para limpiarse los pies.

Pero, al ver la de Iván-zaréovich, dijo:

—¡Esta alfombra es digna de estar ante el trono de un zar!

Pasaron los días y el zar llamó de nuevo a sus hijos y les anunció:

—Quiero que para mañana vuestras esposas horneen para mí un pan blanco y esponjoso.

Iván-zaréovich, muy abatido, llegó a sus aposentos con la cabeza completamente hundida entre los hombros.

—¡Croac, croac! Iván-zaréovich, ¿por qué estás triste? —le preguntó la rana—. ¿Es que tu padre te ha dicho alguna palabra poco amable?

—¿Cómo no estar triste? ¡Mi señor padre me ha ordenado que para mañana le hornees un pan blanco y esponjoso!

—¡No te aflijas, zarévich! Acuéstate, duerme, reposa; por la mañana las cosas se ven mejor.

En cuanto el joven se hubo acostado, la rana se quitó la piel y se convirtió en una hermosísima doncella, Vasilisa la Sabia. A continuación, salió al porche y gritó muy fuerte:

—¡Niñeras, ayas mías! ¡Reuníos y preparaos, haced un pan tan blanco y esponjoso como el que comía en casa de mi querido padre!

Cuando a la mañana siguiente Iván-zaréovich se despertó, la rana ya tenía preparado un pan tan maravilloso que no se puede concebir ni imaginar, solo en un cuento contar: ¡Qué adornos tan ingeniosos, todo decorado con las ciudades y murallas del zar!

Iván-zaréovich, muy contento, envolvió el pan y se lo llevó al zar. Cuando el soberano vio el de su hijo mayor ordenó que se lo sirvieran a los criados; cuando vio el del mediano, hizo lo mismo. Pero cuando Iván-zaréovich le mostró el suyo, exclamó:

—¡Esto es un pan! ¡Un pan como este solo puede comerse en un día de fiesta!

—¡Croac, croac! Iván-zaréovich, ¿por qué estás tan triste? ¿Es que tu padre te ha dicho alguna palabra poco amable?

—¿Cómo no estar triste? Mi señor padre me ha ordenado que acuda al banquete contigo. ¿Cómo voy a mostrarte delante de todos?

—¡No te aflijas, zaréovich! Ve tú solo a palacio, yo llegaré más tarde. Y cuando oigas un golpe y un trueno tendrás que decir: «Es mi ranita, que viene en una cajita».

Los hermanos mayores acudieron al banquete con sus esposas, engalanadas y bien vestidas, y cuando vieron a Iván-zaréovich se echaron a reír:

—¿Qué ocurre, hermano? ¿Has venido sin tu esposa? ¡Haberla traído envuelta en un pañuelo! ¿Dónde encontraste a semejante belleza? ¡Seguro que recorriste todos los pantanos!

Pero, de pronto, se oyó un golpe y un trueno tan fuerte que el palacio entero se puso a temblar. Los huéspedes, muy asustados, dieron un respingo y no supieron qué hacer. Y dijo entonces Iván-zaréovich:

—¡No temáis, queridos huéspedes! ¡Es mi ranita, que ha venido en una cajita!

Y, veloz como un rayo, llegó a la entrada del palacio un carruaje dorado tirado por seis caballos del que se apeó Vasilisa la Sabia. ¡Era tan hermosa que su belleza no se puede concebir ni imaginar, solo en un cuento contar! Iván-zaréovich la tomó del brazo y la acompañó hasta una mesa de roble cubierta con un mantel bordado. Los huéspedes empezaron a comer, beber y festejar. Vasilisa la Sabia bebió un poquito de agua y se derramó el resto por la manga izquierda; comió un poquito de cisne y se escondió los huesos en la manga derecha. Al ver tales astucias, las esposas de los hermanos mayores la imitaron. Más tarde, cuando Vasilisa la Sabia se puso a bailar con Iván-zaréovich, agitó la mano derecha y surgió un lago; agitó la izquierda y aparecieron unos bellos cisnes blancos nadando en el agua. ¡El zar y los huéspedes se quedaron con la boca abierta! Con el deseo de imitarla, las esposas de los hermanos mayores se pusieron también a bailar: agitaron la mano izquierda y solo lograron a todos salpicar; agitaron la derecha y un hueso cayó en el ojo del zar.

Tal fue el enfado del soberano que las echó de muy malos modos.

Mientras tanto, Iván-zaréwich había aprovechado para volver raudo a sus aposentos. Quería encontrar la piel de rana y quemarla en una hoguera. Cuando Vasilisa la Sabia regresó, busca que te busca: ¡ni rastro de la piel de rana! Triste y afligida, le dijo:

—Oh, ¡qué has hecho, Iván-zaréwich! Si hubieras esperado un poquito más habría sido tuya por siempre jamás. Y ahora, ¡adiós! Búscame a tres mil leguas de aquí, en un reino remoto, donde habita el malvado Koschéi el Inmortal.

Y sin más, salió volando por la ventana convertida en un cisne blanco. Iván-zaréwich lloró con amargura y decidió marcharse adonde el viento lo llevase. Tal vez pasó mucho tiempo o tal vez poco, tal vez ya estaba lejos o tal vez cerca, pero un buen día se encontró a un viejecillo en el camino.

—¡Buenos días, valeroso joven! —le saludó—. ¿Qué buscas? ¿Hacia dónde te diriges?

El zaréwich le contó su desgracia.

—¡Ah, Iván-zaréovich! ¿Por qué tuviste que quemar la piel de rana? ¡Si no fuiste tú quien se la puso, tampoco eras tú quien se la debía quitar! Vasilisa la Sabia era más astuta y más lista que su padre, por lo que este, muy enfadado, le ordenó que viviera tres años convertida en una rana. Toma este ovillo: lánzalo, déjalo rodar y síguelo sin miedo.

Iván-zaréovich le dio las gracias y empezó a seguir el ovillo. Al cruzar un campo abierto topó con un oso, le apuntó con su arco y el oso le pidió:

—¡No, no me mates, Iván-zaréovich! ¡Algún día te seré útil!

El joven lo dejó tranquilo y siguió su camino. Al cabo de un rato levantó la mirada y vio a un pato volando por el cielo. Le apuntó con su arco y, ya iba a dispararle, cuando el pato pronunció con voz humana:

—¡No, no me mates, Iván-zaréovich! ¡Algún día te seré útil!

El joven se apiadó del animal y continuó su camino.

De pronto vio a una liebre corriendo como una flecha y al apuntarle con el arma la liebre le dijo:

—¡No, no me mates, Iván-zaréovich! ¡Algún día te seré útil!

El joven se apiadó del animal y continuó su camino hasta que llegó al mar azul. Había en la arena un lucio que agonizaba.

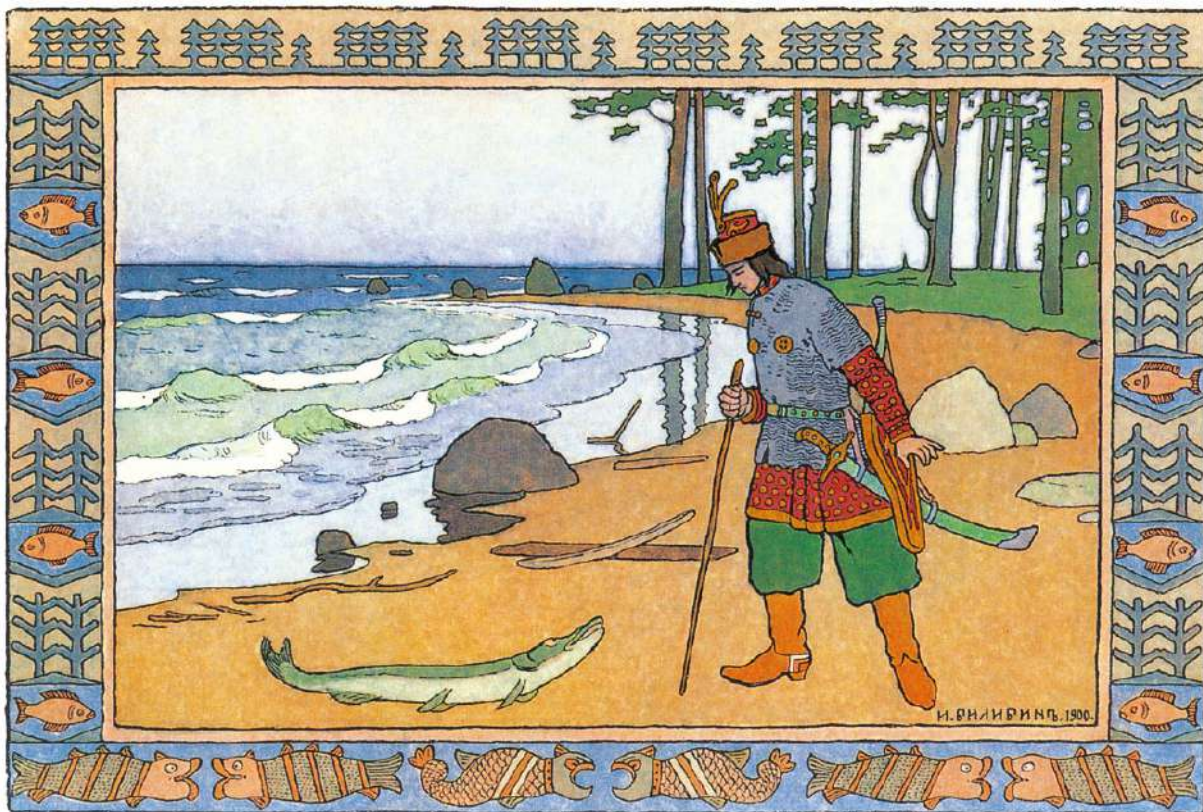
—¡Ah, Iván-zaréovich! ¡Apiádate de este pobre pez, devuélveme al mar! —le imploró el lucio.

El joven lo lanzó al agua y anduvo por la orilla.

Tal vez pasara mucho tiempo, tal vez pasara poco, pero el caso es que el ovillo rodó y rodó hasta que llegó a una cabaña que se alzaba sobre unas patitas de gallina y daba vueltas sobre sí misma sin cesar.

—Cabañita, cabañita, ponte como te digo: hacia mí la parte delantera y hacia el bosque la trasera.

Y la cabaña volteó hasta que la puerta se detuvo frente a Iván-zaréovich y la parte trasera quedó orientada hacia el bosque. El joven entró y vio que, sobre la novena hilera de ladrillos, por encima del horno, estaba tumbada la bruja Baba Yagá: tenía una pata de hueso, la nariz clavada en el techo y se afilaba los dientes.



—¡Salud, valeroso joven! ¿A qué se debe tu visita? —preguntó la bruja.

—¡Baba Yagá, Pata de Hueso! ¡Mejor será que ofrezcas a este joven gallardo comida, bebida y un buen baño! Después ya podrás preguntar.

La bruja le dio de comer y beber y también le preparó un baño. El zarévich le contó que estaba buscando a su esposa, Vasilisa la Sabia.

—¡Ah, sé quién es! —dijo Baba Yagá—. Ahora vive en el palacio de Koschéi el Inmortal. No te será fácil encontrarla ni vencer a Koschéi: su muerte se halla en la punta de una aguja, la aguja está dentro de un huevo, el huevo está dentro de una pata, la pata está dentro de una liebre, la liebre está dentro de un arca y el arca está en la copa de un alto roble que Koschéi vigila mejor que a su propio ojo.

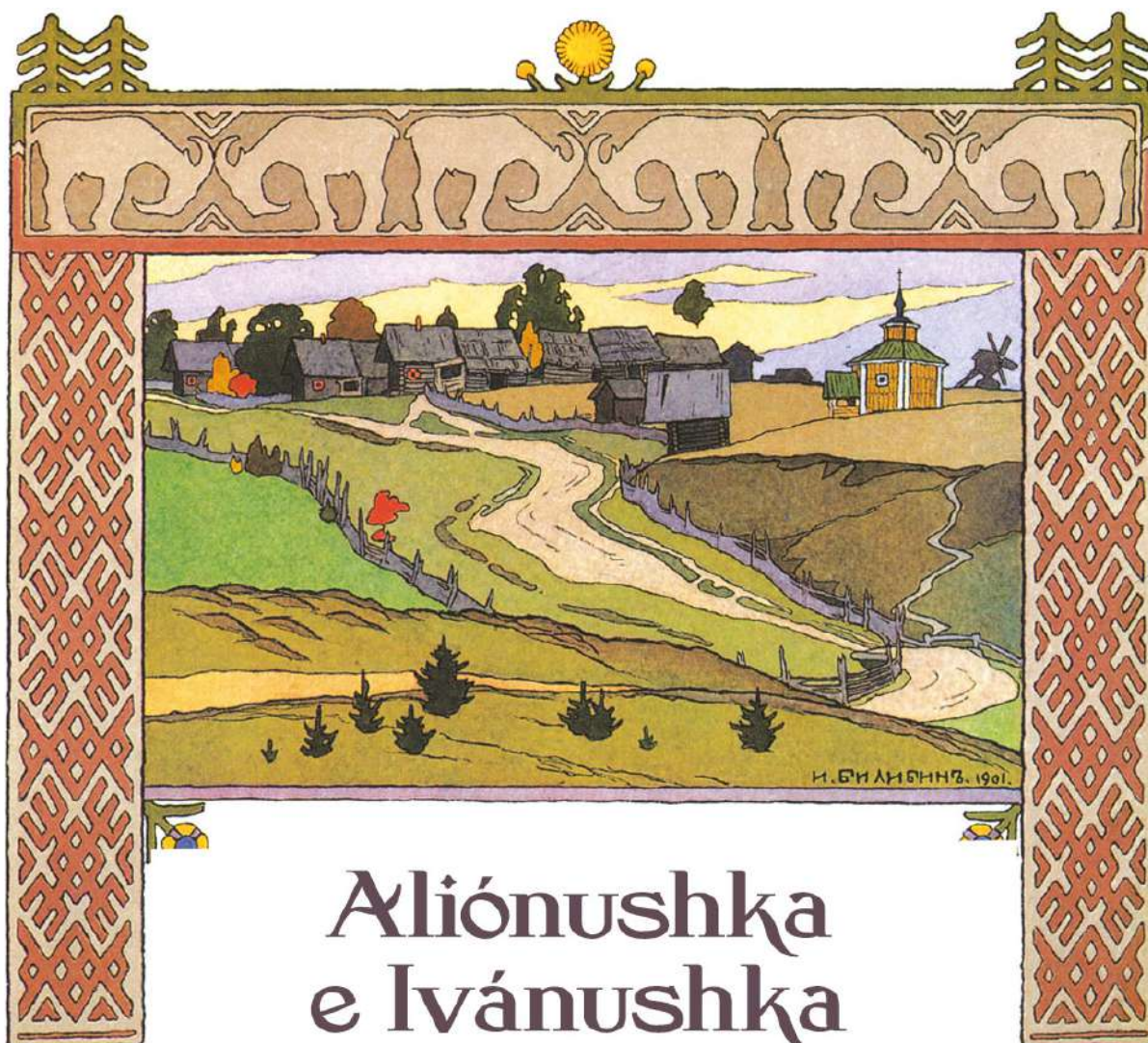
Y le indicó dónde crecía el roble.

Cuando llegó, Iván-zarévich no supo cómo hacer para alcanzar el arca de tan alto que estaba. Y, de pronto, quién sabe de dónde, salió un oso que echó a correr hacia el árbol y lo arrancó de cuajo. El arca cayó y se rompió en mil pedazos. Del arca salió una liebre a todo correr. Pero otra liebre empezó a perseguirla y, cuando la atrapó, la hizo añicos. De su interior salió una pata que echó a volar muy, muy alto. Pero otro pato se precipitó sobre ella y le dio un buen golpetazo. La pata, entonces, dejó caer un huevo y el huevo se precipitó al mar, donde se hundió.

Iván-zarévich, al ver la desgracia que le acontecía, se deshizo en lágrimas. Pero de pronto un lucio nadó hacia la orilla con el huevo entre los dientes. El zarévich lo tomó, lo cascó, sacó una aguja de su interior y la punta se rompió. Y Koschéi no pudo hacer nada: por más que luchara y por más que corriera de aquí para allá, murió sin remedio.

Iván-zarévich se dirigió al palacio del malvado, rescató a Vasilisa la Sabia y juntos regresaron al reino. Y, a partir de entonces, vivieron en armonía hasta el final de sus días.





Iban vagando por el ancho mundo dos huérfanos, la hermanita Aliónushka y el hermanito Ivánushka.

Anduvieron y anduvieron hasta que vieron un estanque junto al que pastaba un rebaño de vacas.

—¡Tengo sed! —dijo Ivánushka.

—No bebas, hermanito, o te convertirás en un ternerillo —avisó Aliónushka.

Él obedeció y continuaron su camino. Anduvieron y anduvieron hasta que, de pronto, vieron un río junto al que trotaba una manada de caballos.

—¡Ay, hermanita, qué sed que tengo!

—No bebas, hermanito, o te convertirás en un potrillo.

Ivánushka la obedeció y continuaron su camino. Anduvieron y anduvieron hasta que vieron un lago junto al que paseaba un rebaño de ovejas.

—¡Ay, hermanita, tengo una sed tan terrible!

—No bebas, hermanito, o te convertirás en un corderito.

Ivánushka la obedeció y continuaron su camino. Anduvieron y anduvieron hasta que vieron un riachuelo junto al que descansaba una piara de cerdos.

—Ay, hermanita, ¡qué sed tan horrible! ¡Voy a beber!

—No bebas, hermanito, o te convertirás en un cerdito.

Ivánushka de nuevo la obedeció y continuaron su camino. Anduvieron y anduvieron hasta que vieron un rebaño de cabras que pastaban junto al agua.

—¡Ah, hermanita! ¡Voy a beber!

—No bebas, hermanito, o te convertirás en un cabrito.

Incapaz de seguir aguantando, Ivánushka bebió y, al poco, se convirtió en un cabrito. Y, dando brincos empezó a balar: «¡Beee, beee, beee!».

Aliónushka le anudó un cinturón de seda al cuello y, derramando lágrimas amargas, se lo llevó consigo... El cabrito corrió y corrió hasta que por fin llegaron a un jardín, que era del zar. Los criados del palacio, al verlos, fueron a informar rápidamente al soberano:

—Majestad, hay en el jardín un cabrito y una bella doncella que lo lleva atado con un cinturón de seda.

El zar ordenó que preguntaran a la doncella quién era. Y así hicieron los criados: le preguntaron de dónde venía y cuál era su linaje.

—Ocurrió esto y aquello —respondió Aliónushka—; nuestro padre y nuestra madre murieron y mi hermanito y yo nos quedamos huérfanos. Pero mi hermanito, incapaz de soportar la sed, ha bebido agua y se ha convertido en un cabrito.

Los criados se lo contaron todo al zar, quien, muy interesado, hizo llamar a Aliónushka y le preguntó muchas cosas más. Y tanto le gustó la doncella que quiso casarse con ella y no tardaron en celebrar la boda. El zar y la zarina vivieron en armonía acompañados del cabrito, que daba paseos por el jardín y con ellos bebía y comía.

Un buen día el zar salió a cazar. Aprovechando su ausencia, una bruja fue al palacio y hechizó a la zarina. ¡Cómo enfermó la pobre! ¡Qué delgadez! ¡Qué palidez...! Y en el palacio todo languideció: las flores se marchitaron, los árboles se secaron y la hierba se ajó.

A su regreso el zar le preguntó a su mujer:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—Sí, no me encuentro bien —respondió ella.

Al día siguiente el zar salió de nuevo a cazar. Aliónushka, que yacía enferma, recibió la visita de la bruja:

—¿Quieres que te cure, zarina? Cuando llegue el amanecer debes ir al mar y beber agua.

La zarina la creyó y, al despuntar el alba, se encaminó hacia el mar. Pero la bruja, que ya la estaba esperando en la orilla, la atrapó y, tras atarle una piedra al cuello, la empujó. Aliónushka se hundió en el fondo del mar. ¡Con qué amargura lloró el cabrito, que la había seguido a todo correr! La bruja, entonces, adoptó la forma de la zarina y regresó a palacio.

Cuando el zar volvió de cazar se alegró mucho al ver que la zarina se había recuperado. Sentados a la mesa, empezaron a comer.

—¿Dónde está el cabrito? —preguntó el zar.

—Aquí no hay sitio para él —respondió la bruja—: he ordenado que no lo dejen entrar. ¡Huele tanto a cabra...!

Al día siguiente el zar salió de nuevo a cazar y, en su ausencia, la bruja la tomó con el cabrito. ¡Cómo le atizó! ¡Qué amenazas le profirió!

—Cuando vuelva el zar le pediré que te degüellen.

Y así fue. Cuando llegó el zar, la bruja le dijo:

—Ordena que degüellen al cabrito. ¡Me tiene harta!

Por más pena que le diera al zar, nada pudo hacer: tales fueron los ruegos de «su mujer», tanta fue su insistencia, que finalmente el soberano tuvo que ceder y permitir que dieran muerte al cabrito.

Cuando el cabrito vio cómo afilaban los cuchillos de acero para acabar con él, corrió bañado en lágrimas a implorarle al zar:

—¡Zar! Deja que vaya a beber al mar y mis intestinos remojar.

Y el zar le dio permiso. Cuando el cabrito llegó al mar, gritó junto la orilla con voz lastimera:

«¡Aliónushka, hermanita mía!

Flota, flota hasta la orilla:

los fuegos arden ardientes,

los calderos bullen bullentes,

los cuchillos de acero afilan,

¡me quieren degollar!».

A lo que ella le respondió:

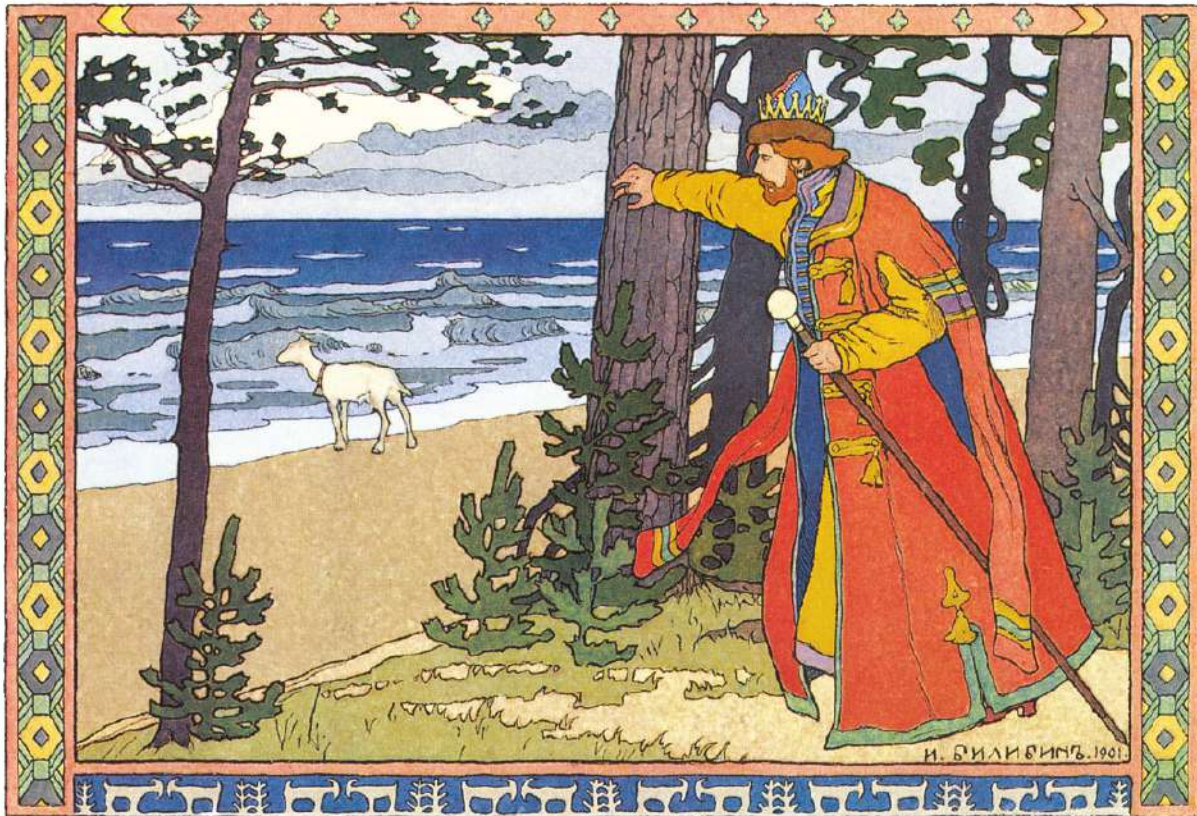
«¡Ivánushka, hermanito!
Hacia el fondo me arrastra
una pesada piedra,
me ha chupado el corazón
una feroz culebra».

El cabrito se echó a llorar y regresó al palacio. Al mediodía le imploró de nuevo al zar:

—¡Zar! Deja que vaya a beber al mar y mis intestinos remojar.

Y el zar le dio permiso. Cuando el cabrito llegó al mar, gritó desde la orilla con voz lastimera:

«¡Aliónushka, hermanita mía!
Flota, flota hasta la orilla:
los fuegos arden ardientes,
los calderos bullen bullentes,
los cuchillos de acero afilan,
¡me quieren degollar!».



A lo que ella le respondió:

«¡Ivánushka, hermanito!
Hacia el fondo me arrastra
una pesada piedra,
me ha chupado el corazón
una feroz culebra».

El cabrito se echó a llorar y regresó al palacio.

El zar se quedó pensativo: «¿Por qué será que el cabrito no deja de ir al mar?». Y hete aquí que el cabrito le volvió a implorar:

—¡Zar! Deja que vaya a beber al mar y mis intestinos remojar.

El zar se lo permitió, pero esta vez decidió seguirlo. Cuando estaba llegando a la orilla oyó cómo el cabrito llamaba a su hermana:

«¡Aliónushka, hermanita mía!
Flota, flota hasta la orilla:

los fuegos arden ardientes,
los calderos bullen bullentes,
los cuchillos de acero afilan,
¡a tu hermano quieren degollar!».

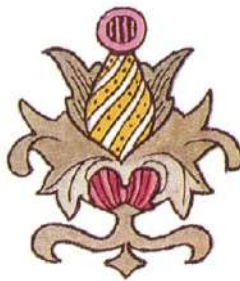
A lo que ella le respondía:

«¡Ivánushka, hermanito!
Hacia el fondo me arrastra
una pesada piedra,
me ha chupado el corazón
una feroz culebra».

El cabrito la volvió a llamar y la hermanita Aliónushka salió a la superficie desde el fondo del mar. Entonces el zar la sujetó muy fuerte, le arrancó la piedra que llevaba atada al cuello y, después de arrastrarla hasta la orilla, le preguntó qué había ocurrido. Aliónushka se lo contó todo.

El zar se puso muy contento por haberla salvado. Y el cabrito también: ¡qué brincos y saltos tan alegres daba! En el jardín del palacio todo volvió a florecer y a brotar, y la bruja fue ejecutada por orden del zar.

A partir de aquel día el zar, la zarina y el cabrito vivieron en armonía, acumulando riquezas, bebiendo y comiendo juntos como solían.





La patita blanca

Cuentan que en tiempos remotos hubo un noble príncipe que se casó con una bellísima princesa. Pero no había tenido tiempo aún de contemplarla hasta saciarse, de hablar con ella hasta cansarse ni de oír su voz hasta hastiarse, que ya tuvieron que separarse, pues el príncipe debía partir muy muy lejos y dejar a su esposa en manos de desconocidos. ¡Qué se le va a hacer! Como dicen, uno no puede quedarse abrazado a quien ama para siempre...

Mucho lloró la princesa, mucho la consoló el príncipe y la aleccionó para que no saliera de su alta torre, no tratara con malas gentes ni hiciera caso de palabras viles. La princesa prometió cumplirlo todo. El príncipe emprendió el viaje y ella se encerró en sus aposentos, de donde nunca salía.

Tal vez pasara mucho tiempo, tal vez pasara poco, pero un buen día la princesa recibió la visita de una mujer que parecía muy atenta y sencilla.

—¿No te aburres? —le preguntó la desconocida—. Echa un vistazo al mundo, pasea por el jardín, acaba con tu pena.

La princesa se resistió muchos días, no quería hacerlo, pero finalmente pensó: «¿Qué hay de malo en pasear por el jardín?». Y así lo hizo.

Corría por el jardín un manantial de agua cristalina.

—¡Qué día caluroso! ¡Cómo abrasa el sol! —dijo la mujer—. Con esta agua tan fresca y que tanto borbotea, ¿por qué no nos damos un baño?

—¡No, no! ¡No quiero! —respondió la princesa.

Pero, a continuación, pensó: «¿Qué hay de malo en bañarse?».

Y, quitándose el *sarafán*^[11], se metió de un salto en el agua. Apenas se hubo zambullido, la mujer la golpeó por la espalda y pronunció estas palabras:

—¡Patita blanca, ponte a nadar!

Y la princesa, convertida en una patita blanca, se alejó a nado. Entonces la mujer, que era una bruja, se vistió con sus ropajes, se engalanó y acicaló como ella, y se sentó a esperar al príncipe.

Apenas se oyó un perrito ladrar y una campanilla tintinear, la bruja salió a toda velocidad a recibir al príncipe: echándose a sus brazos, lo cubrió de besos y caricias. Él estaba tan contento de verla que la abrazó sin darse cuenta del engaño.

Mientras tanto, la patita blanca puso tres huevos de los que nacieron sus hijitos: dos robustos y uno enclenque, aunque... ¡no eran patos, sino niños!

La patita los crio y ellos se dedicaron a corretear por el río, a pescar pececillos dorados, a recoger retazos de tela para hacerse caftanes, a saltar por la orilla y a contemplar los prados.

—¡Oh! ¡No vayáis hacia allí, hijos míos! —les advirtió la madre.

Pero los niños no la obedecían: un día jugaban sobre la hierba, al siguiente corrían por el césped, y cada vez se acercaban más al palacio,

hasta que un día se colaron en el jardín del príncipe.

La bruja los reconoció por el olfato y empezó a rechinar los dientes. Los llamó, les dio de comer y beber y los acostó en una cama mientras ordenaba encender las hogueras, colgar los calderos y afilar los cuchillos.

Los hermanitos robustos enseguida se durmieron, pero no el enclenque, que todo lo escuchaba y observaba.

Por la noche la bruja se acercó y preguntó por debajo de la puerta:

—¿Dormís, niños, o no dormís?

El enclenque respondió:

—Dormimos y no dormimos pensando que nos quieren degollar. ¡Arden las hogueras de saúco, bullen los calderos y han afilado los cuchillos de acero!

—¡No duermen! —exclamó la bruja.

Y se marchó. Estuvo vagando por aquí y por allá y, al cabo de un rato, por debajo de la puerta volvió a preguntar:

—¿Dormís, niños, o no dormís?

El enclenque repitió lo mismo:

—Dormimos y no dormimos pensando en que nos quieren degollar. ¡Arden las hogueras de saúco, bullen los calderos y han afilado los cuchillos de acero!

«¿Por qué siempre contesta la misma voz?», pensó la bruja y, abriendo la puerta poquito a poco, vio que los hermanos robustos dormían profundamente y que el tercero era un enclenque. Entonces los tocó con su mano mortífera y murieron.

Por la mañana la patita blanca llamó a sus retoños, pero no acudieron. Con un mal presentimiento, desplegó las alas y voló hacia el jardín del príncipe. Allí yacían los hermanos muy juntitos, blancos como un lienzo y fríos como el hielo. Se precipitó hacia ellos, los envolvió con las alas, mientras con voz de madre clamaba:

«¡Cua, cua, niñitos!

¡Cua, cua, pichoncitos!

Con mil cuidados os crié,

con lágrimas calmé vuestra sed.

¡Qué oscuras noches de desvelo,

ni un dulce bocado probé por ellos!».

—¿Has oído ese prodigio, esposa? ¡Hay una patita que habla!

—¡Imaginaciones tuyas! ¡Que echen a esa pata del jardín!

Y la echaron, pero la patita voló alrededor de la torre y por sus hijos clamó de nuevo:

«¡Cua, cua, niñitos!

¡Cua, cua, pichoncitos!

Os mató una vieja bruja,

una feroz serpiente,

una víbora hiriente.

Me quitó a vuestro padre querido,

a vuestro padre, mi marido.

Convertida en patita blanca

me echó a un rápido río

mientras ella vive a lo grande.»

«¡Qué extraño!», pensó el príncipe. Y gritó:

—¡Atrapad a esa patita blanca!

Los criados se abalanzaron sobre ella, pero la patita salió volando y no se dejó capturar por nadie. Entonces el príncipe salió a probar suerte y ella misma voló a sus brazos. Y, sujetándola por una alita, pronunció:

—¡Que un abedul blanco crezca a mis espaldas y que ante mí aparezca una bella doncella!

Y así fue. Detrás del príncipe creció un abedul blanco y ante sus ojos apareció una bella doncella. Y, en ella, reconoció a su joven princesa.

Acto seguido atraparon a una urraca, le ataron dos frasquitos en las alas y le ordenaron que recogiera agua de la vida en uno y agua parlanchina en el otro. La urraca echó a volar y al cabo de un rato regresó con lo que le habían pedido. Entonces rociaron a los niños con el agua de la vida y despertaron; los rociaron con el agua parlanchina y hablaron.

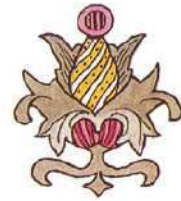
Y así fue como el príncipe recuperó a su familia, y vivieron felices, acumulando riquezas y olvidando las tristezas.

Y ¿qué fue de la bruja? La ataron a la cola de un caballo, por el campo la arrastraron y ¡ni recuerdo ni huella quedó de ella!





Vasilisa la Bella



En un reino lejano vivía un mercader. Doce años vivió en feliz matrimonio y tuvo una sola hija, Vasilisa la Bella. La niña tenía ocho años cuando la madre murió. Poco antes de morir llamó a su hija, y mientras sacaba una muñeca de debajo de una manta, le dijo:

—¡Escúchame, Vasilísushka! Estas van a ser mis últimas palabras, recuérdalas bien y haz caso de ellas: me estoy muriendo y quiero dejarte esta muñeca, es mi bendición. Consévala siempre contigo y no se la enseñes a nadie. Cuando te ocurra una desgracia, dale de comer y pídele consejo; en cuanto haya comido, te dirá cómo puede ayudarte en tu desdicha.

Luego le dio un beso y murió.

El mercader se quedó muy triste, como es de suponer, pero el tiempo pasó y quiso volver a casarse. Era un buen hombre y no le faltaban buenos partidos, pero de entre todas las mujeres quien más le gustó fue una viuda ya entrada en años que tenía dos hijas de edad parecida a la de Vasilisa, lo que significaba que sería una madre y un ama de casa con mucha experiencia.

Así pues, el mercader se casó con la viuda, pero cometió un error: no había escogido para su hija a una buena madre. Vasilisa era la más bella de toda la aldea y, tanto la madrastra como sus hijas, le tenían tanta envidia que no dejaban de martirizarla encargándole todo tipo de trabajos para que enflaqueciera de cansancio, y para que el viento y el sol le tostaran la piel. ¡Qué vida tan difícil la suya!

Vasilisa lo aguantaba todo con total resignación y, aun así, cada día se veía más hermosa y rolliza; por el contrario, la madrastra y sus hijas, aunque se pasaran todo el día mano sobre mano como señoritas, estaban cada vez más flacas y feas por la rabia. ¿Cómo era posible? Pues porque Vasilisa tenía a la muñeca. ¡Cómo iba a poder arreglárselas con tanto trabajo sin su ayuda! Pero, para lograrlo, Vasilisa a menudo tenía que renunciar a comer y darle los bocados más sabrosos.

Por las noches, cuando todo el mundo se había acostado, se encerraba en el pequeño trastero donde dormía y la agasajaba con estas palabras:

—¡Toma, muñequita, cómete la cena y escucha mi pena! Vivo en casa de mi padre y no conozco la alegría; mi malvada madrastra me mata a trabajar. Enséñame cómo vivir, cómo ser y qué hacer.

La muñeca se ponía a comer y, cuando terminaba, le daba consejos y consuelo. Por la mañana hacía todo el trabajo mientras Vasilisa reposaba al fresco y recogía flores. La muñeca arrancaba la maleza de los bancales, regaba las coles, acarreaba el agua y encendía el horno. Además, le enseñaba qué hierbas tenía que usar para que el sol no le tostara la piel. ¡Qué fácil le hacía la vida!

Pasaron algunos años. Vasilisa creció y se convirtió en una muchacha en edad de casarse. Todos los jóvenes de la ciudad acudían a pedir su mano y nadie se fijaba en las hijas de la madrastra. Esta, cada vez más enfurecida, respondía a todos por igual:

—¡No permitiré que la pequeña se case antes que las mayores!

Y, tras acompañar a los pretendientes hasta la puerta, descargaba toda su rabia en la pobre Vasilisa y la molía a palos.

Un buen día el mercader tuvo que partir durante mucho tiempo para atender sus negocios. La madrastra decidió entonces mudarse a una casa que estaba en las proximidades de un frondoso bosque. En un claro de ese

bosque había una cabaña, donde vivía la bruja Baba Yagá, que no dejaba que nadie se acercara y que se comía a las personas como si fueran pollitos. Ya instaladas en la nueva casa, la madrastra enviaba sin cesar a su odiada Vasilisa al bosque con cualquier pretexto, pero la muchacha siempre volvía sana y salva: la muñeca le indicaba el camino a seguir y no permitía que se acercara a la cabaña de Baba Yagá.

Llegó el otoño.

Una tarde la madrastra repartió tareas entre las tres muchachas: una tenía que hacer encajes, otra tejer unas medias y Vasilisa hilar; y a todas les dio un plazo para terminar. A continuación, apagó las luces de toda la casa (solo dejó una vela en la habitación donde trabajaban las muchachas) y se acostó.

Las jóvenes estuvieron muy entretenidas con la labor durante toda la noche hasta que, de pronto, la llamita empezó a consumirse; una de las hermanastras, rápidamente, tomó unas pinzas para despabilar la vela y, siguiendo las pérfidas indicaciones que su madre le había dado, la apagó fingiendo que había sido sin querer.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —exclamaron las muchachas—. No hay luz en toda la casa y aún no hemos terminado la labor. ¡Hay que ir a por lumbre a casa de Baba Yagá!

—Yo no voy a ir. ¡Ya me iluminan los alfileres! —dijo la hermanastra que hacía encajes.

—Yo tampoco. ¡Ya me iluminan las agujas! —dijo la hermanastra que tejía las medias.

—¡Vasilisa, tendrás que ir a por lumbre! —gritaron ambas—. ¡Ve a casa de Baba Yagá!

Y la sacaron a empujones de la habitación.

Vasilisa se fue a su trastero y, poniendo la cena delante de la muñeca, le dijo:

—¡Toma, muñequita, cómete la cena y escucha mi pena! Me han enviado a por lumbre a casa de Baba Yagá. ¡Me va a devorar!

Cuando la muñeca terminó de comer los ojos le empezaron a brillar como dos luceros.

—¡No temas, Vasilísushka! —le dijo—. Ve adonde te mandan, pero llévame contigo todo el tiempo y nada malo te ocurrirá en casa de la bruja.

La muchacha se preparó para salir, se metió la muñeca en un bolsillo y, después de santiguarse, se encaminó hacia el frondoso bosque.

Iba andando toda temblorosa cuando, de pronto, pasó a galope por su lado un jinete blanco vestido de blanco, montado en un caballo blanco y con arneses blancos. Y empezó a amanecer.

Siguió andando y de pronto pasó a galope por su lado un jinete rojo vestido de rojo y montado en un caballo rojo. Y empezó a salir el sol.

Vasilisa estuvo caminando toda la noche y todo el día, y hasta al atardecer siguiente no llegó al claro del bosque donde se alzaba la cabaña de Baba Yagá, rodeada por una cerca de huesos humanos coronada con calaveras. El portalón no tenía postes, sino piernas humanas; ni cerradura, sino manos; tampoco tenía cerrojo, sino una boca de dientes afilados.

Vasilisa estaba helada de terror, petrificada. Súbitamente apareció un jinete negro vestido de negro y montado en un caballo negro, que galopó hasta el portalón de la bruja y allí desapareció, como si se lo hubiera tragado la tierra. Y se hizo de noche. Pero la oscuridad no duró demasiado: a todas las calaveras de la cerca se les iluminaron los ojos, con lo que el claro del bosque se llenó de luz, como si fuera de día. Vasilisa temblaba de miedo, pero, como no sabía hacia dónde huir, no se movió de donde se encontraba.

Al poco rato se oyó un ruido terrible: los árboles crujieron, las hojas secas crepitaron y del bosque salió Baba Yagá montada en un mortero al que arreaba con un macillo mientras que con una escoba iba borrando las huellas que dejaba. Se detuvo junto al portalón y, olisqueando el aire, gritó:

—¡Puaj! ¡Cómo huele a ruso! ¿Quién anda por ahí?

Vasilisa, aterrorizada, se acercó a la vieja y, haciendo una profunda reverencia, le dijo:

—¡Soy yo, abuelita! Las hijas de mi madrastra me han enviado a que te pida lumbre.

—Está bien —dijo Baba Yagá—, ya sé quiénes son. Tendrás que quedarte un tiempo en mi casa y trabajar para mí. Solo entonces te daré lumbre. ¡Si no, te comeré!

Acto seguido, se volvió hacia el portalón y gritó:

—Vosotros, inquebrantables cerrojos: ¡descorreos! Eh, tú, ancho portalón: ¡ábrete!

El portalón se abrió de par en par y Baba Yagá entró silbando montada en su mortero. Vasilisa la siguió y el portalón volvió a cerrarse. Dentro de la cabañita la anciana se tumbó cómodamente y le dijo a Vasilisa:

—Ve a mirar lo que hay en el horno: tengo hambre.

La muchacha prendió fuego a la astilla de una de las calaveras, sacó toda la comida que estaba dentro del horno y se la sirvió a Baba Yagá. Había allí comida para al menos diez personas. Del sótano trajo *kvas*^[12], miel, cerveza y vino. La vieja se lo comió y bebió todo, y a Vasilisa solo le dejó un poquito de sopa de col, un currusco de pan y un pedacito de lechón.

Después, la bruja, preparándose para dormir, le dijo:

—Mañana, cuando me haya marchado, limpiarás el patio, barrerás la cabaña, guisarás la comida, lavarás la ropa, irás al granero a por un cuarto de trigo y le quitarás las semillas de neguilla. Si a mi regreso no está todo listo, ¡te devoraré!

Y, habiéndole dado estas órdenes, empezó a roncar. La chica tomó las sobras que le había dejado y las puso delante de la muñeca. Con el rostro bañado en lágrimas, le dijo:

—¡Toma, muñequita, cómete la cena y escucha mi pena! ¡Qué tareas tan pesadas me ha encargado Baba Yagá! Me ha amenazado con devorarme si no lo hago todo. ¡Ayúdame!

La muñeca respondió:

—No temas, Vasilisa. Cena, reza tus oraciones y vete a dormir; por la mañana las cosas se ven mejor.

Vasilisa se despertó temprano. Baba Yagá ya se había levantado y, cuando miró por la ventana, los ojos de las calaveras se apagaron. De pronto el jinete blanco pasó a galope y amaneció. La anciana salió al patio y, al silbar, el mortero, el macillo y la escoba aparecieron ante ella. Entonces el jinete rojo pasó a galope y salió el sol. Baba Yagá se subió al mortero y, arreándolo con el macillo y barriendo las huellas que dejaba, se alejó de la cabañita. Habiéndose quedado sola, Vasilisa inspeccionó la casa y, sorprendida por la cantidad de objetos que había, pensó: ¿por dónde puedo empezar? Pero al mirar con atención se dio cuenta de que todo el trabajo ya estaba hecho y que la muñequita ya estaba quitando del trigo las últimas semillas de neguilla.

—¡Ah, mi salvadora! —exclamó Vasilisa—. ¡Me has librado de la desgracia!

—Solo te falta guisar la comida —dijo la muñeca, metiéndose en su bolsillo—. ¡Que Dios te ayude con tu guiso y que disfrutes del descanso!

Al atardecer Vasilisa puso la mesa y esperó la llegada de la bruja. Estaba oscureciendo cuando detrás del portalón se vio pasar a galope al jinete negro. Y se hizo completamente de noche. Lo único que brillaba eran los ojos terribles de las calaveras.

Entonces los árboles empezaron a crujir y las hojas a crepitar: era Baba Yagá, que estaba de vuelta. Vasilisa fue a recibirla.

—¿Lo has hecho todo? —preguntó atónita la vieja.

—¡Ve a verlo por ti misma, abuelita! —respondió Vasilisa.

Baba Yagá lo revisó todo y, malhumorada por no encontrar ningún motivo para enfadarse, le dijo:

—Bueno, está bien.

A continuación gritó:

—¡Mis fieles sirvientes, mis amigos queridos, moled el trigo!

Y aparecieron tres pares de manos que recogieron el trigo y se lo llevaron. Baba Yagá comió hasta saciarse y, antes de irse a dormir, le ordenó a Vasilisa:

—Mañana haz lo mismo que hoy, pero además tendrás que ir al granero a por semillas de amapola y limpiarlas de tierra, una por una. ¡Algún malvado las ha ensuciado!

Y, en cuanto dio estas órdenes, se volvió hacia la pared y se puso a roncar. Acto seguido Vasilisa dio de comer a la muñeca y esta le repitió las palabras del día anterior:

—Rézale a Dios y vete a dormir. Por la mañana las cosas se ven mejor. ¡Todo se hará, Vasilísushka!

A la mañana siguiente Baba Yagá se marchó de nuevo montada en su mortero. La muchacha y la muñeca hicieron rápidamente todas las tareas. Cuando la vieja regresó, lo inspeccionó todo y gritó:

—¡Mis fieles sirvientes, mis amigos queridos, de las semillas de amapola extraed aceite!

Y aparecieron tres pares de manos que recogieron las semillas de amapola y se las llevaron. Baba Yagá se sentó a comer y Vasilisa se quedó de pie sin decir nada.

—¿Por qué no hablas conmigo? —preguntó Baba Yagá—. ¡Pareces muda!

—No me atrevo —respondió Vasilisa—. Pero, si me lo permites, me gustaría hacerte una pregunta.

—¡Adelante! Aunque debes saber que no todas las preguntas conducen a algo bueno: ¡si sabes demasiado envejecerás pronto!

—Solo quiero preguntarte por cosas que he visto, abuelita: cuando venía hacia tu casa me adelantó un jinete blanco que vestía de blanco e iba montado en un caballo blanco. ¿Quién es?

—Ese es mi día claro —respondió la bruja.

—Después me adelantó un jinete rojo que iba montado en un caballo rojo y vestía de rojo. ¿Quién es?

—Es mi solecito rojo —respondió la bruja.

—Y ¿quién era el jinete negro que me adelantó junto al portalón de tu casa, abuelita?

—Es mi noche oscura. ¡Todos ellos son mis fieles sirvientes!

Vasilisa recordó los tres pares de manos, pero guardó silencio.

—¿Por qué no me preguntas nada más? —se interesó Baba Yagá.

—Tengo suficiente con eso, abuelita. ¡Tú misma has dicho que si sabes demasiado envejeces pronto!

—Has hecho bien en preguntar solo por cosas que has visto fuera de la cabaña y no dentro —respondió la vieja—. ¡No me gusta que saquen mis trapos a relucir, y a los curiosos me los como! Y ahora me toca a mí preguntar. ¿Cómo lo haces para terminar a tiempo todas las tareas que te encargo?

—Me ayuda la bendición de mi madre —respondió Vasilisa.

—¡Así que es eso! Pues ¡vete de mi casa, hija bendecida! No quiero aquí a ningún bendito.

Sacó a Vasilisa de la cabaña y, a empujones, la hizo salir por el portalón. A continuación tomó una de las calaveras de ojos iluminados que coronaba la cerca, la clavó en un palo y se lo dio a la muchacha al tiempo que le decía:

—Aquí tienes lumbre para las hijas de tu madrastra. Tómala. ¿No fue a por esto por lo que te enviaron aquí?

Vasilisa echó a correr de vuelta a casa iluminándose el camino con la calavera, cuyos ojos se apagaron al despuntar el alba. Por fin, al atardecer del día siguiente, llegó a su hogar. Al acercarse al portalón estuvo a punto de tirar la calavera. «Probablemente ya no necesiten lumbre», pensó. Pero, de repente, oyó una voz sorda que provenía de la calavera:

—¡No, no me tires! Llévame con tu madrastra.

Vasilisa miró desde fuera y, al no ver luz en ninguna ventana de la casa, decidió entrar con la calavera. Al principio la recibieron con cariño y le contaron que desde que se había marchado no habían tenido luz, pues no habían logrado hacer fuego y el que traían de los vecinos se apagaba en cuanto entraban en la casa.

—¡Tal vez el tuyo no se apague! —dijo la madrastra.

Al entrar en la habitación los ojos de la calavera se posaron en la mujer y en sus hijas y... ¡las abrasó! Por mucho que intentaron esconderse, los ojos las seguían dondequiera que se metiesen. Hacia el amanecer ya estaban completamente quemadas y convertidas en carbón. Vasilisa fue la única que no sufrió ningún daño.

Por la mañana enterró la calavera bajo la tierra, cerró la casa con llave y se marchó a la ciudad, donde le pidió a una viejecita sin familia que la

acogiera hasta que regresara su padre. Pasaron los días y Vasilisa le dijo a la viejecita:

—¡Me aburro sin hacer nada, abuelita! Ve a comprarme lino de la mejor calidad, y por lo menos me dedicaré a hilar.

La viejecita le compró un lino muy bueno y Vasilisa se puso manos a la obra. El trabajo avanzaba rapidísimo y le salía un hilado tan liso y fino como el cabello. Enseguida tuvo mucha cantidad y llegó el momento de empezar a tejer con él. Sin embargo, no había modo de hallar ningún peine de telar que sirviera para un hilado tan fino como el de Vasilisa, ni nadie dispuesto a construirlo. Entonces la muchacha fue a contárselo a su muñeca y esta le dijo:

—Tráeme un peine viejo de telar, una lanzadera vieja y una crin de caballo: te lo fabricaré yo misma.

Vasilisa lo consiguió todo, se fue a dormir y la muñeca se pasó toda la noche construyendo un fantástico telar.

A finales de invierno Vasilisa había tejido una tela tan fina que, igual que el hilo, hubiera podido enhebrarse en una aguja. En primavera blanquearon la tela y Vasilisa le dijo a la viejecita:

—Abuelita, vende esta tela y quédate con el dinero.

La anciana la palpó y lanzó una exclamación:

—¡No, criatura! ¡Una tela así solo la puede lucir el zar! La llevaré a palacio.

Y se encaminó hacia el palacio, ante cuyas ventanas estuvo deambulando hasta que el zar la vio y le preguntó:

—¿Qué deseas, viejecita?

—Majestad —respondió la anciana—, he traído una tela tan extraordinaria que solo a ti te quiero mostrar.

El zar ordenó que la dejaran pasar y al ver la tela se quedó fascinado:

—¿Cuánto quieres por ella?

—¡No tiene precio, mi señor zar! Te la he traído como ofrenda.

El zar le dio las gracias y, colmándola de regalos, la dejó marchar.

Después ordenó que le confeccionaran varias camisas con la tela y la cortaron, aunque no hubo forma de encontrar a ninguna costurera capaz de

coserla. Estuvieron buscando y buscando, hasta que el zar ordenó que llamaran a la anciana:

—Si supiste hilar y tejer una tela como esta, sabrás hacer camisas con ella.

—Majestad, no fui yo quien la hiló y la tejió —dijo la viejecita—, sino una muchacha a la que he acogido.

—¡Pues que sea ella quien las haga!

La anciana regresó a casa y se lo contó todo a Vasilisa.

—Ya sabía yo que este trabajo no esquivaría mis manos —dijo la joven.

Y, encerrándose en su habitación, se puso manos a la obra. Estuvo cosiendo incansablemente hasta que no tardó en tener lista una docena de camisas.

La anciana se las llevó al zar, mientras que Vasilisa se lavaba, se peinaba, se vestía y se sentaba bajo la ventana. Estaba en su habitación a la espera de lo que sucediera cuando, de pronto, vio acercarse a la casa a un criado del zar que al llegar le dijo:

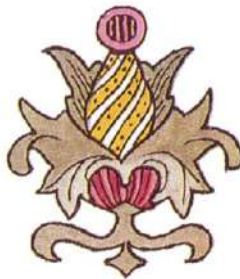
—Su majestad el zar quiere ver a la artista que ha confeccionado las camisas y desea premiarla con sus propias manos reales.

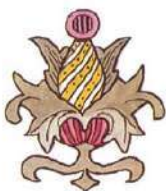
Vasilisa la Bella fue hasta el palacio y se presentó ante los ojos del zar. El soberano, nada más verla, se enamoró locamente de ella.



—¡Oh, belleza mía! —dijo—. Jamás me separaré de ti: serás mi esposa.

Y, tomándole las blancas manos, la sentó a su lado y más tarde se casaron. Poco tiempo después, el padre de Vasilisa regresó de su viaje y, muy contento por el destino de su hija, se quedó a vivir con ella. Vasilisa acogió a la anciana en el palacio y llevó en el bolsillo a la muñeca, hasta el final de su vida.





Maria Morevna



En un reino muy lejano vivía Iván-zarévich con sus tres hermanas: Maria-zarevna, Olga-zarevna y Anna-zarevna. Poco antes de morir, sus padres le habían dicho:

—A quien primero te pida la mano de alguna de tus hermanas, entrégasela. No las retengas mucho tiempo contigo.

Después de enterrarlos, el zarévich, invadido por la tristeza, fue a pasear con sus hermanas a un jardín muy verde. De pronto un negro nubarrón apareció en el cielo y cayó una terrible tormenta.

—¡Vamos a casa, hermanas! —exclamó.

Apenas habían llegado al palacio cuando se oyó un trueno retumbar y el techo se partió por la mitad: un halcón brillante entró volando y, al chocar contra el suelo, se convirtió en un joven gallardo que dijo:

—¡Te saludo, Iván-zarévich! En el pasado venía como invitado, en el presente como pretendiente; quiero pedir la mano de Maria-zarevna.

—Si mi hermana te ama, yo no me voy a oponer. Que vaya con Dios.

Maria-zarevna aceptó, celebraron la boda y el halcón se la llevó a su reino.

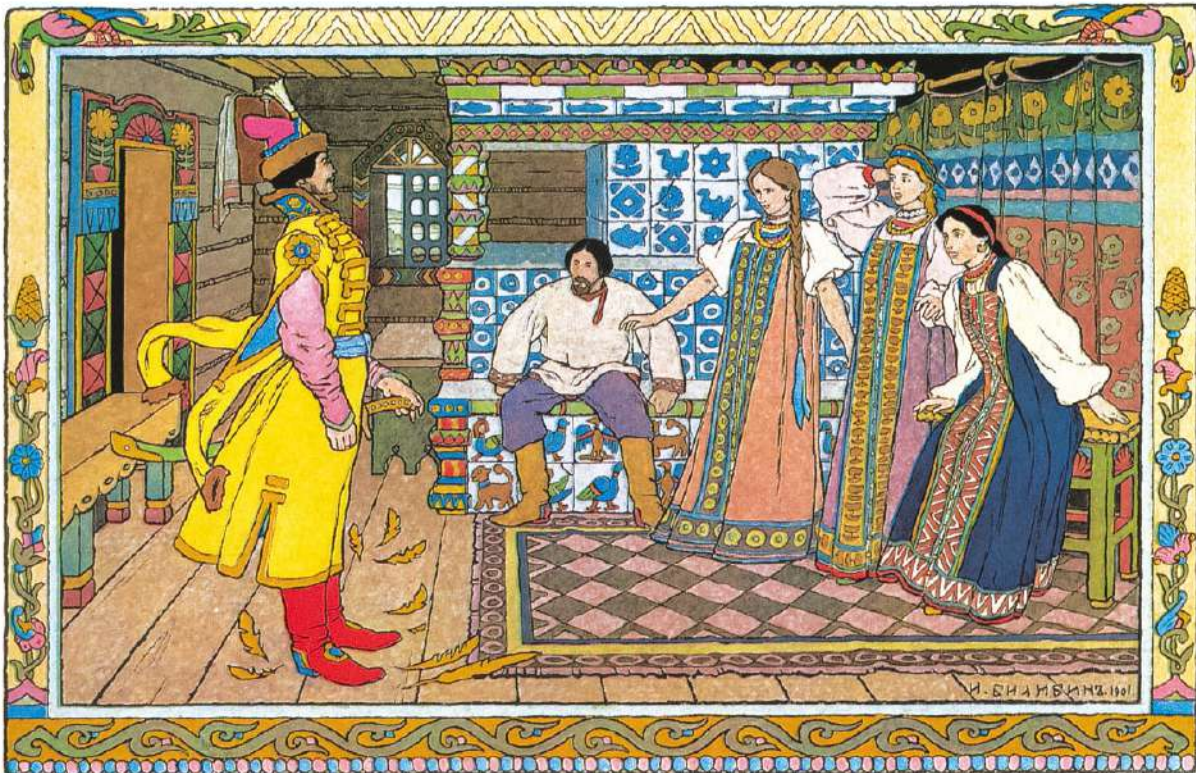
Los días pasaron, las horas corrieron, y así, como un suspiro, pasó un año entero... Cierta día Iván-zaréovich fue a dar un paseo por el jardín verde con sus dos hermanas, cuando, de nuevo, un nubarrón cargado de truenos y relámpagos apareció en el cielo.

—¡Vamos a casa, hermanas! —les dijo.

Apenas habían llegado al palacio cuando se oyó un trueno retumbar, el tejado se hizo pedazos y el techo se partió por la mitad: un águila entró volando y, al chocar contra el suelo, se convirtió en un joven gallardo que dijo:

—¡Te saludo, Iván-zaréovich! En el pasado venía como invitado, en el presente como pretendiente; quiero pedir la mano de Olga-zarevna.

—Si mi hermana te ama, que se vaya contigo. A su voluntad no me opongo.



Olga-zarevna aceptó, celebraron la boda y el águila se la llevó a su reino.

Pasó otro año.

Un buen día Iván-zaréovich le dijo a su hermana pequeña:

—¡Vamos a dar un paseo por el jardín verde!

Llevaban poco rato caminando cuando, de nuevo, un nubarrón cargado de truenos y relámpagos apareció en el cielo.

—¡Volvamos a casa, hermana!

Llegaron al palacio y, no habían tenido tiempo de tomar asiento, cuando se oyó un trueno y el techo se partió por la mitad: un cuervo entró volando y, al chocar contra el suelo, se convirtió en un joven gallardo. ¡Si los anteriores eran apuestos, este aún lo era más!

—¡Te saludo, Iván-zaréovich! En el pasado venía como invitado, en el presente como pretendiente; entrégame a Anna-zarevna.

—No me opondré a la voluntad de mi hermana. Si te ama, que se vaya contigo.

Anna-zarevna aceptó, celebraron la boda y el cuervo se la llevó a su reino.

De este modo, Iván-zaréovich se quedó solo. Vivió un año entero sin sus hermanas, pero terminó por aburrirse. «Saldré a buscarlas», pensó.

Y, preparándose para un largo viaje, se puso en marcha. Mucho anduvo hasta que llegó a un campo de batalla donde yacían huestes de soldados sin vida.

—¡Si queda alguien vivo que responda! —exclamó Iván-zaréovich—. ¿Quién ha derrotado a este gran ejército?

El único soldado que no había muerto le contestó:

—Este gran ejército ha sido derrotado por Maria Morevna, la más bella de las reinas.

El zaréovich siguió su camino. Anduvo y anduvo hasta que vio a lo lejos un campamento formado por blancas tiendas. Salió a recibirlo Maria Morevna:

—Bienvenido seas, zaréovich. ¿Qué viento te trae? ¿Viajas por propia voluntad o en contra de ella?

A lo que Iván-zaréovich contestó:

—¡Los jóvenes audaces no viajan en contra de su voluntad!

—Pues si no tienes prisa, sé mi huésped unos días.

Iván-zaréwich, muy contento, durmió dos días en el campamento, se enamoró de Maria Morevna y se casó con ella.

Maria Morevna, la más bella de las reinas, se lo llevó a su país, donde vivieron juntos cierto tiempo. Pero un buen día la reina decidió partir de nuevo a la guerra, no sin antes poner su reino en manos de Iván-zaréwich y ordenarle lo siguiente:

—Ve adonde quieras y cuida de todo. Pero ¡no se te ocurra entrar jamás en aquel trastero!

Sin embargo, apenas Maria Morevna hubo partido, el zaréwich, incapaz de vencer la curiosidad, fue al trastero, abrió la puerta y echó un vistazo en su interior: Koschéi el Inmortal estaba allí encerrado, atado con doce cadenas que pendían del techo. Al ver al joven, le imploró:

—¡Apiádate de mí! ¡Permíteme saciar mi sed! Llevo diez años de tormento sin bebida ni alimento. ¡Tengo la garganta tan seca!

El zaréwich le dio un cubo entero de agua. Koschéi se lo bebió y le pidió más:

—Un solo cubo no me saciará. ¡Dame más!

El zaréwich le dio otro. Koschéi se lo bebió y le pidió un tercero. En cuanto se lo hubo bebido recuperó toda su fuerza del pasado y, de una sola sacudida, rompió las doce cadenas a la vez.



—¡Gracias, Iván-zaréovich! ¡Del mismo modo que no te ves las orejas, a Maria Morevna tampoco la volverás a ver jamás!

Y, adoptando la forma de un terrible remolino, salió por la ventana volando y alcanzó a Maria Morevna, la más bella de las reinas. La hizo prisionera y se la llevó a sus dominios.

¡Qué lágrimas tan amargas derramó Iván-zaréovich! Entonces decidió partir en su búsqueda:

—¡No importa cómo, pero encontraré a Maria Morevna!

Anduvo un día, después otro, y al amanecer del tercero vio un maravilloso palacio junto al que se alzaba un roble. En una de sus ramas descansaba un halcón brillante que echó a volar y, al chocar contra la tierra, se convirtió en un joven gallardo:

—¡Ah, querido cuñado! ¿Cómo te trata el Señor?

Maria-zarevna salió corriendo del palacio, recibió entusiasmada a su hermano, le preguntó por su salud y le contó cómo era su vida.

Cuando Iván-zaréovich llevaba tres días hospedado con ellos les dijo:

—No puedo quedarme más tiempo aquí; tengo que partir en busca de mi esposa, Maria Morevna, la más bella de las reinas.

—No te será fácil encontrarla —repuso el halcón—. Por si acaso deja aquí tu cuchara de plata: cuando la miremos te recordaremos.

Iván-zaréovich dejó su cuchara de plata y emprendió su camino.

Anduvo un día, después otro, y al amanecer del tercero vio un palacio aún más maravilloso que el primero junto al que se alzaba un roble; en una de sus ramas descansaba un águila que echó a volar y, al chocar contra la tierra, se convirtió en un joven gallardo:

—¡Levántate, Olga-zarevna! Ha llegado tu querido hermano.

Olga-zarevna salió corriendo a recibirlo, empezó a besarlo y a abrazarlo, le preguntó por su salud y le contó cómo era su vida.

Cuando Iván-zaréovich llevaba tres días hospedado con ellos les dijo:

—No puedo quedarme más tiempo aquí; tengo que partir en busca de mi esposa, Maria Morevna, la más bella de las reinas.

—No te será fácil encontrarla —repuso el águila—. Déjanos tu tenedor de plata: cuando lo miremos te recordaremos.

Iván-zaréovich dejó su tenedor de plata y emprendió su camino.

Anduvo un día, después otro y, al amanecer del tercero, vio un palacio, aún más maravilloso que los anteriores, junto al que se alzaba un roble; en una de sus ramas descansaba un cuervo que echó a volar y, al chocar contra la tierra, se convirtió en un joven gallardo:

—¡Anna-zarevna! ¡Sal rápido, ha llegado tu querido hermano!

Anna-zarevna salió a toda prisa, lo recibió entusiasmada, empezó a besarlo y a abrazarlo, le preguntó por su salud y le contó cómo era su vida.

Cuando Iván-zarévích llevaba tres días hospedado con ellos les dijo:

—¡Adiós! Tengo que partir en busca de mi esposa, Maria Morevna, la más bella de las reinas.

—No te será fácil encontrarla —repuso el cuervo—. Deja tu tabaquera de plata: cuando la miremos te recordaremos.

Iván-zarévích dejó su tabaquera de plata y, tras despedirse, emprendió su camino.

Anduvo un día, después otro, y al tercero halló por fin a Maria Morevna. Cuando la reina vio a su amado se echó a su cuello y, con el rostro bañado en lágrimas, exclamó:

—¡Ah, Iván-zarévích! ¿Por qué no me obedeciste y tuviste que mirar lo que había en el trastero y liberar a Koschéi el Inmortal?

—¡Perdóname, Maria Morevna! No me reproches el pasado y ven conmigo, antes de que nos vea Koschéi el Inmortal. ¡Acaso no nos alcance!

Recogieron sus cosas y se marcharon.

En aquel momento Koschéi estaba cazando. Al atardecer, cuando tomaba el camino de vuelta, su buen caballo tropezó.

—¿Por qué tropiezas, insaciable jamelgo? ¿Es que hueles alguna desgracia?

Y el caballo le respondió:



—¡Ha venido Iván-zaréovich y se ha llevado a Maria Morevna!

—¿Podemos alcanzarlos?

—Podrías sembrar trigo, esperar a que creciera, segarlo, trillarlo, convertirlo en harina, hacer cinco hornadas de pan, comértelo y solo entonces salir tras ellos. Y ¡aun así los alcanzaríamos!

Koschéi galopó y galopó hasta encontrar a Iván-zaréovich.

—Veamos —le dijo—: como tuviste la bondad de darme de beber, esta primera vez te voy a perdonar. También te perdonaré una segunda vez, pero, ten cuidado, porque a la tercera, ¡te despedazaré!

Le arrebató a Maria Morevna y se la llevó. Iván-zaréovich se deshizo en lágrimas sentado en una piedra.

Lloró y lloró, hasta que decidió volver a por Maria Morevna. Cuando llegó la encontró sola: Koschéi el Inmortal estaba cazando.

—¡Vamos, Maria Morevna!

—¡Ah, Iván-zaréovich! ¡Nos atrapará!

—Que así sea, pero al menos habremos pasado una horita o dos juntos. Recogieron sus cosas y se marcharon.

Cuando Koschéi el Inmortal volvía a casa, su buen caballo tropezó.

—¿Por qué tropiezas, insaciable jamelgo? ¿Es que hueles alguna desgracia?

—¡Ha venido Iván-zaréovich y se ha llevado a Maria Morevna!

—¿Podemos alcanzarlos?

—Podrías sembrar cebada, esperar a que creciera, segarla, trillarla, hacer cerveza con ella, bebértela hasta emborracharte, dormir a pierna suelta y solo entonces salir tras ellos. Y ¡aun así los alcanzaríamos!

Koschéi galopó y galopó hasta encontrar a Iván-zaréovich:

—¡Ya te dije en el pasado que, igual que no te ves las orejas, tampoco volverías a ver a Maria Morevna!

Se la arrebató y se la llevó.

Iván-zaréovich lloró y lloró, hasta que decidió volver a por Maria Morevna. Cuando llegó la encontró sola: Koschéi el Inmortal estaba cazando.

—¡Vamos, Maria Morevna!

—¡Ah, Iván-zaréovich! ¡Nos atraparé y te hará pedazos!

—¡Que así sea! ¡No puedo vivir sin ti!

Recogieron sus cosas y se marcharon.

Cuando Koschéi el Inmortal volvía a casa, su buen caballo tropezó.

—¿Por qué tropiezas, insaciable jamelgo? ¿Es que hueles alguna desgracia?

—¡Ha venido Iván-zaréovich y se ha llevado a Maria Morevna!

Koschéi galopó y galopó hasta alcanzar a Iván-zaréovich, lo despedazó en cachitos pequeños y los metió en un barril de alquitrán; a continuación agarró el barril, lo cerró bien con aros de hierro y lo lanzó al mar azul, mientras se llevaba consigo a Maria Morevna.

En ese mismo instante los objetos de plata que el zaréovich había dejado a sus cuñados se tiñeron de color negro.

—¡Ah! —exclamaron los tres—. ¡Está claro que le ha ocurrido una desgracia!

El águila emprendió el vuelo hacia el mar azul, rescató el barril y lo arrastró hasta la orilla; el halcón voló en busca de agua de la vida, y el cuervo voló en busca de agua de la muerte. Después se reunieron en un

mismo lugar, rompieron el barril, sacaron los pedacitos de Iván-zaréovich, los lavaron y los pusieron como era debido. Cuando el cuervo los salpicó con agua de la muerte, los miembros del cuerpo se unieron y formaron un todo. Cuando el halcón salpicó el cuerpo con agua de la vida, Iván-zaréovich se estremeció y, poniéndose de pie, dijo:

—¡Ah, cuánto he dormido!

—Y habrías dormido mucho más de no ser por nosotros —le respondieron sus cuñados—. Acompáñanos y hospédate en nuestro palacio.

—¡No, hermanos! ¡Tengo que ir en busca de Maria Morevna!

Cuando Maria Morevna lo vio llegar salió corriendo a recibirlo:

—¿Es que te ha resucitado Dios?

Iván-zaréovich se lo contó todo y después le dijo:

—Sonsácale a Koschéi el Inmortal dónde encontró a un caballo tan bueno como el suyo.

Maria Morevna, eligiendo el momento oportuno, se lo preguntó y esta fue la respuesta de Koschéi el Inmortal:

—A tres mil leguas de aquí, en un reino muy remoto, más allá de un río de fuego, vive Baba Yagá. Tiene una yegua con la que cada día da la vuelta al mundo volando, y otras muchas igual de prodigiosas. Trabajé tres días como pastor para ella y no dejé escapar a ninguna de sus yeguas. Y, como recompensa, me dio un potrillo.

—Y ¿cómo lograste cruzar el río de fuego?

—Tengo un pañuelo que cuando lo agitas tres veces hacia la derecha aparece un puente tan alto, tan alto que las llamas no lo pueden alcanzar.

Maria Morevna escuchó estas palabras con atención, luego se las repitió a Iván-zaréovich y le entregó el pañuelo que le había robado a Koschéi.

Y así fue como Iván-zaréovich pudo cruzar el río de fuego y emprendió la búsqueda de la cabaña de Baba Yagá.

Muchos días anduvo sin beber ni comer cuando, de pronto, vio en el camino a un formidable pájaro con sus polluelos.

—Me comeré uno de estos polluelos —decidió el joven.

—¡No lo hagas, Iván-zaréovich! —le imploró el formidable pájaro—. Y no tardaré en serte útil.



Iván-zaréovich continuó su camino cuando, de pronto, vio una colmena de abejas en el bosque.

—Probaré un poco de miel.

La abeja reina le imploró:

—¡No toques mi miel, Iván-zaréovich! Y no tardaré en serte útil.

El joven accedió y continuó su camino cuando, de pronto, vio a una leona con un cachorrillo.

—Al menos me comeré a este cachorro. ¡Tengo tanta hambre que hasta siento náuseas!

—¡No le hagas daño, Iván-zaréovich! —le imploró la leona—. Y no tardaré en serte útil.

—Está bien, que sea como dices.

Y, muerto de hambre, continuó como pudo su camino. Anduvo y anduvo hasta que por fin encontró la cabaña de Baba Yagá. Estaba rodeada por doce largas estacas: once de ellas tenían clavada una cabeza humana y solo una quedaba libre.

—¡Buenos días, abuela!

—¡Buenos días, Iván-zaréovich! ¿Has venido por tu buena voluntad o por necesidad?

—He venido para ganarme un caballo digno de un héroe.

—¡Que así sea! No es necesario que me sirvas un año, con tres días bastará: si logras pastar a mis yeguas te daré un caballo digno de un héroe; pero si no lo logras, no te enojés: tu cabeza colgará de una estaca.

Iván-zaréovich aceptó el trato. Baba Yagá le dio de comer, de beber y le ordenó que se pusiera a trabajar.

Acababa el joven de sacar a las yeguas al campo y, de inmediato, levantaron la cola y se dispersaron a galope por los prados: no tuvo tiempo de alzar la mirada y ya habían desaparecido de la vista. Lleno de desesperación se echó a llorar, tomó asiento en una piedra y se quedó dormido. Ya se estaba poniendo el sol cuando el formidable pájaro llegó volando para despertarlo:

—¡Arriba, Iván-zaréovich! Las yeguas ya están en casa.

El zaréovich se encaminó de regreso a la cabaña mientras Baba Yagá gritaba a sus yeguas:

—¿Se puede saber por qué habéis vuelto a casa?

—¿Cómo no íbamos a volver? ¡Pájaros feroces de todo el mundo volaron hacia nosotras y a punto estuvieron de sacarnos los ojos!

—Bueno, pues mañana no cabalguéis hacia los prados: dispersaos por el frondoso bosque.

Aquella noche Iván-zaréovich durmió profundamente y a la mañana siguiente Baba Yagá le advirtió:

—Ve con ojo, Iván-zaréovich: ¡si cuando sacas a pastar a las yeguas pierdes a una sola, tu cabeza colgará de la estaca!

El joven llevó a las yeguas al campo y, de inmediato, levantaron la cola y se dispersaron a galope por el frondoso bosque. De nuevo se sentó el zaréovich en una piedra, lloró y lloró hasta que al final se durmió. Ya se estaba escondiendo el sol tras los árboles cuando la leona llegó corriendo:

—¡Arriba, Iván-zaréovich! Las yeguas ya están guardadas en la cuadra.

El zaréovich se encaminó de regreso a la cabaña mientras Baba Yagá gritaba y abroncaba a sus yeguas mucho más fuerte que el día anterior:

—¿Se puede saber por qué habéis vuelto a casa?

—¿Cómo no íbamos a volver? ¡Fieras feroces de todo el mundo corrieron hacia nosotras y a punto estuvieron de devorarnos!

—Bueno, pues mañana cabalgad hacia el mar azul.

Aquella noche Iván-zaréovich volvió a dormir profundamente y a la mañana siguiente Baba Yagá lo envió a pastar las yeguas:

—Si pierdes a una sola, tu intrépida cabeza colgará de la estaca.

El joven llevó a las yeguas al campo y, de inmediato, levantaron la cola, desaparecieron de la vista y galoparon hacia el mar azul, donde se metieron hasta la altura del cuello. El zaréovich tomó asiento en una piedra y lloró hasta que se durmió. Ya se estaba escondiendo el sol tras los árboles del bosque cuando la abeja reina llegó volando:

—¡Arriba, Iván-zaréovich! Las yeguas ya están guardadas. Cuando vuelvas no aparezcas ante Baba Yagá; ve directo a la cuadra y escóndete detrás de los comederos. Hay allí un potrillo sarnoso revolcándose en el estiércol. Róballo y, en la oscuridad de la medianoche, escapa con él.

Iván-zaréovich se levantó y al llegar a la cuadra se tumbó detrás de los comederos mientras Baba Yagá abroncaba y gritaba a sus yeguas:

—¿Pero por qué habéis vuelto?

—¿Cómo no íbamos a volver? ¡Miles de abejas de todo el mundo volaron hacia nosotras y nos picaron hasta hacernos sangrar!

Baba Yagá se durmió y cuando llegó la medianoche Iván-zaréovich robó el potrillo sarnoso, lo ensilló y, después de montarse, cabalgó hacia el río de fuego. Una vez allí agitó el pañuelo hacia la derecha tres veces: de pronto, quién sabe de dónde, apareció un puente muy alto y magnífico que atravesaba el río. El zaréovich lo cruzó y ya en la otra orilla agitó el pañuelo hacia la izquierda, aunque solo dos veces, y ¡el puente se hizo delgadito, delgadito!

A la mañana siguiente, Baba Yagá se despertó y ¡ni rastro del potrillo sarnoso! Así que emprendió la persecución: se subió de un salto en el mortero de hierro, arreándolo con el macillo mientras borraba con una escoba las huellas que dejaba. Como un rayo llegó al río de fuego y, tras echar un vistazo, pensó: «¡Este es un buen puente!». De modo que se adentró en él, pero, cuando iba por la mitad, el puente se vino abajo y Baba Yagá cayó al río... ¡Qué muerte tan terrible la suya!

Entretanto Iván-zaréovich alimentó en los prados verdes al potrillo sarnoso y este se convirtió en un maravilloso caballo. Por fin llegó al rescate de Maria Morevna, que salió corriendo a recibirlo y se le echó al cuello.

—Ven conmigo —le dijo el joven.

—¡Tengo miedo, Iván-zaréovich! ¡Si Koschéi nos alcanza te va a despedazar!

—¡Esta vez no nos alcanzará! ¡Ahora tengo un maravilloso caballo, digno de un héroe, que vuela como un pájaro!

Se subieron al caballo y salieron a galope. Cuando Koschéi el Inmortal volvía a casa, su buen caballo tropezó.

—¿Por qué tropiezas, insaciable jamelgo? ¿Es que hueles alguna desgracia?

—¡Ha venido Iván-zaréovich y se ha llevado a Maria Morevna!

—¿Podemos alcanzarlos?

—¡Quién sabe! Ahora tiene un caballo digno de un héroe, que es mejor que yo.

—No, no lo consentiré. ¡Los atraparé! —exclamó Koschéi el Inmortal.

Tal vez pasó mucho tiempo, o tal vez pasó poco, pero el caso es que alcanzó a Iván-zaréovich y, echando pie a tierra de un salto, se preparó para despedazarlo con su afilado sable. Pero en ese momento el caballo de Iván-zaréovich le dio una coz tan fuerte que le aplastó la cabeza mientras el joven acababa con él con un garrote.

Después apiló un montón de leña, encendió un fuego, quemó a Koschéi el Inmortal en la hoguera y echó sus cenizas al viento.

Maria Morevna montó en el caballo del malvado, Iván-zaréovich en el suyo y juntos fueron a visitar primero al cuervo, después al águila y finalmente al halcón. Cada vez que llegaban los recibían con grandes muestras de alegría:

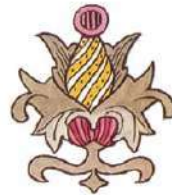
—¡Iván-zaréovich, ya no esperábamos volverte a ver! No sin razón te expusiste a tantos peligros... ¡Una belleza como Maria Morevna, por más que la busques, no la encontrarás en toda la tierra!

Mientras allí se quedaron mucho festejaron hasta que, por fin, volvieron a su reino. Y a partir de aquel día vivieron en armonía, acumulando riquezas y bebiendo finezas.





La pluma de Fínist



Érase una vez dos ancianos que tenían tres hijas. La pequeña era tan hermosa que ni la palabra puede expresarlo, ni la pluma reflejarlo.

Un buen día el anciano se dispuso a viajar a la ciudad para asistir a la feria y les preguntó:

—¡Queridas hijas mías! ¿Qué deseáis de la feria? Decídmelo y os lo compraré.

La mayor respondió:

—Padre, a mí cómprame un vestido.

La mediana dijo:

—Padre, a mí cómprame un chal.

Y la pequeña le pidió:

—Pues a mí cómprame una pluma de Fínist, el halcón brillante.

El anciano se echó a reír:

—Y ¿para qué quieres tú una pluma, tontita? ¡Si no tiene ningún valor! Mejor será que te compre algún atavío.

Pero no hubo modo de convencerla: la muchacha no dejaba de repetir una y otra vez que le comprara una pluma del halcón brillante.

Partió el anciano hacia la feria, donde compró un vestido para su hija mayor y un chal para la mediana, pero fue incapaz de encontrar en toda la ciudad una pluma del halcón brillante. Ya se estaba marchando cuando se cruzó con un viejecillo que llevaba una pluma en las manos.

—¡Véndeme la pluma, buen hombre!

—No está en venta; es una pluma mágica. Pero si tu hija pequeña se casa con mi hijo Fínist, el halcón brillante, te la daré de balde.

El padre reflexionó: si no se llevaba la pluma afligiría a su hija, pero, si se la llevaba, tendría que dejar que la joven se casara Dios sabía con quién. Después de mucho meditar al final se la llevó. «¿Qué mal puede haber? —pensó—. ¡Cuando él pida su mano, si no es digno de ella, puede rechazarlo!».

Al llegar a casa le dio el vestido a su hija mayor, el chal a la mediana y la pluma a la pequeña, a la que le dijo:

—¡No me gusta nada esta pluma, hija mía, nada en absoluto! —Y le susurró al oído—: Es mágica y no estaba en venta. Me la ha dado un viejecito con la condición de que te cases con su hijo Fínist, el halcón brillante.

—No te aflijas, padre —le respondió ella—: es un joven bueno y cariñoso. ¡Vuela por los cielos como halcón brillante y al chocar contra el suelo se transforma en un joven galante!

—¿Acaso lo conoces?

—¡Lo conozco, lo conozco, padre! El pasado domingo, en misa, no dejé de mirarme. Hablé con él y... ¡me ama de verdad, padre!

El anciano meció la cabeza, la miró muy fijamente y, después de santiguarla, le dijo:

—¡Ve a tu habitación, hija mía querida! Es hora de dormir y por la mañana las cosas se ven mejor. ¡Ya pensaremos qué hacer!

Una vez en su habitación, la muchacha dejó caer la pluma al suelo y, abriendo la ventanita, fijó la mirada en el horizonte azulado.

Y, de pronto, quién sabe de dónde, apareció ante ella Fínist, el halcón brillante de plumas flamantes. Entró volando por la ventanita, chocó contra el suelo y se convirtió en un joven galante. Al principio la muchacha se asustó, pero ¡cómo se le alegró el corazón cuando él le habló! Estuvieron

conversando hasta el amanecer, aunque ignoro sobre qué. Tan solo sé que al despuntar el alba Fínist, el halcón brillante, la besó y le dijo:

—¡Volaré hacia ti cada noche, querida mía, en cuanto dejes caer la pluma al suelo! Y si necesitas algún ropaje sal al porchecito, agita la pluma hacia la derecha y al instante aparecerá todo cuanto desees.

La volvió a besar y, tras convertirse de nuevo en un halcón brillante, salió volando hacia el oscuro bosque. La muchacha siguió con la mirada a su prometido, cerró la ventana y se acostó.

Desde entonces cada noche dejaba caer la pluma al suelo y su apuesto y buen Fínist, el halcón brillante, acudía al vuelo.

Llegó el domingo y las hermanas mayores se arreglaron para ir a misa.

—Y tú ¿qué te vas a poner? ¡No tienes ningún vestido nuevo! —le dijeron al unísono.

A lo que ella les respondió:

—No pasa nada, me quedaré en casa a rezar.

Cuando las mayores salieron, la pequeña se sentó junto a la ventana con su vestido sucio y siguió con la mirada a los feligreses ortodoxos que iban hacia la iglesia. Después de esperar a que pasaran todos, salió al porchecito y agitó la pluma hacia la derecha: quién sabe de dónde, apareció ante ella una carroza de cristal tirada por briosos caballos, unos criados con trajes de oro, y toda clase de vestidos y atavíos de piedras preciosas muy valiosas.

La hermosa muchacha se vistió en un instante, se subió a la carroza y partió a gran velocidad hacia la iglesia. Cuando llegó, todo el mundo se quedó maravillado ante tanta belleza.

—¡Está claro que es la hija de un zar! —se susurraban unos a otros.

Cuando acabó la misa y se pusieron a cantar, la muchacha salió rápidamente de la iglesia, se montó en su carroza y partió de regreso a casa. Los feligreses salieron también para ver hacia dónde se dirigía, pero ¡desapareció como si nunca hubiera existido! Ni bien hubo llegado nuestra hermosa muchacha al porchecito de su casa, ya estaba agitando la flamante pluma hacia la izquierda: al instante los criados le quitaron los ropajes y tanto ellos como la carroza desaparecieron. Entonces se sentó junto a la ventanita igual que antes, como si nada hubiera ocurrido, y empezó a seguir

con la mirada a los feligreses que volvían de la iglesia y se dirigían a sus casas. Cuando sus hermanas llegaron le dijeron:

—¡Ay, hermana! ¡No sabes lo hermosa que era una joven que ha venido hoy a misa! Era tal su belleza que ni la palabra puede expresarlo ni la pluma reflejarlo. Debía de ser una zarina de tierras muy lejanas, ¡qué ropajes tan elegantes y suntuosos!

Pasó otro domingo y después un tercero, y la hermosa muchacha siguió desconcertando a los feligreses, a sus hermanas y a sus padres. Pero en la última ocasión, al desvestirse, olvidó quitarse la horquilla de diamantes que llevaba en la trenza. Cuando sus hermanas mayores volvieron de la iglesia empezaron a contarle lo bella que era la zarina; entonces, al mirarla, vieron los diamantes que resplandecían en su trenza.

—¡Ah, hermana! ¿Qué llevas ahí? —gritaron—. Pero..., ¡si es la misma horquilla que la zarina lucía hoy en el pelo! ¿De dónde la has sacado?

La hermosa muchacha lanzó un «¡ay!» y salió corriendo hacia su habitación.

Hubo un sinfín de preguntas, dudas, sospechas y cuchicheos, pero ella guardó silencio y rio para sus adentros.

A partir de aquel día las hermanas mayores empezaron a espiarla, a escuchar por las noches a hurtadillas detrás de su puerta hasta que, finalmente, la oyeron conversar con Fínist, el halcón brillante, y vieron con sus propios ojos cómo al amanecer este salía volando por la ventana hacia el oscuro bosque.

Llenas de rabia decidieron que al atardecer del día siguiente colocarían en la ventanita unos cuchillos que no se vieran, para que Fínist, el halcón brillante, se cortara sus flamantes alas al entrar. Dicho y hecho. La hermana pequeña, sin sospechar nada, dejó caer la pluma al suelo, se acostó en la cama y se quedó dormida. Cuando Fínist, el halcón brillante, entró por la ventana se cortó el ala izquierda, mientras la hermosa doncella, sin enterarse de nada, dormía con un sueño de lo más plácido y profundo. Muy enfadado, el halcón brillante levantó el vuelo hacia los cielos y desapareció a lo lejos, más allá del bosque oscuro.

Cuando a la mañana siguiente la hermosa muchacha despertó se dio cuenta de que ya era de día y ¡ni rastro del apuesto joven! Corrió hacia la

ventana y vio que había allí unos cuchillos en cruz, muy afilados, de los que caían gotas de sangre escarlata. ¡Cuántas lágrimas amargas derramó! ¡Cuántas noches sin dormir pasó junto a la ventana agitando la pluma flamante! Todo en vano: Fínist, el halcón brillante, ya no acudía ni enviaba a sus criados. Hasta que un buen día, la muchacha se presentó con lágrimas en los ojos ante su padre para pedirle su bendición.



—¡Me marchó muy lejos, adonde me lleve el viento! —se despidió.

La joven ordenó que le forjaran tres pares de botitas de hierro, tres bastones de hierro, tres gorritos de hierro y tres panes eucarísticos de hierro. Se calzó uno de los pares de botitas, se puso el gorrito, empuñó uno de los bastones y se encaminó hacia el lugar desde donde solía acudir al vuelo Fínist, el halcón brillante.

Anduvo y anduvo por un frondoso bosque, entre árboles y tocones, y las botitas de hierro se le empezaron a destaconar, el gorrito de hierro a desgastar, el bastón se le rompió y el pan se le royó; pero la hermosa muchacha siguió anda que te anda por el bosque, cada vez más oscuro y frondoso. De pronto vio una cabaña que se alzaba sobre unas patitas de gallina y que no dejaba de dar vueltas sobre sí misma. Y dijo:

—Cabañita, cabañita, ponte como te digo: hacia mí la parte delantera y hacia el bosque la trasera.

Y la cabaña volteó hasta que la puerta se detuvo frente a ella. La muchacha entró y vio a la bruja Baba Yagá, que estaba tumbada de una esquina a otra, con los labios colgando y la nariz clavada en el techo.

—¡Puaj! ¡Antes no se veía a ningún ruso, no se le oía, pero ahora corre libre por el mundo, aparece por doquier y su olor se te mete en la nariz! ¿Cuál es tu camino, hermosa muchacha? ¿Huyes de tu suerte o vas en busca de ella?

—Tenía yo un prometido, abuela: era Fínist, el halcón brillante de plumas flamantes. Pero mis hermanas le hicieron daño. Y ahora ando buscándolo por todo el mundo.

—¡Aún está muy lejos, pequeñuela! Tres mil leguas te faltan por recorrer: Fínist el halcón brillante de plumas flamantes, vive en un reino ignoto de un país remoto y está prometido con la hija de un zar.

Baba Yagá le dio todo cuanto tenía de comer y de beber, y la puso a dormir. La despertó muy temprano, en cuanto empezó a clarear, y le dio un valioso regalo: un martillito de oro y diez clavos de diamantes. Y estas fueron sus instrucciones:

—Cuando llegues al mar azul, la prometida de Fínist, el halcón brillante, irá a pasear por la orilla; toma el martillito de oro y golpea con él los clavos de diamantes. Ella querrá comprártelos, pero tú, hermosa

muchacha, no aceptes nada, solo pide ver a Fínist, el halcón brillante. Y ¡ahora ve con Dios a casa de mi hermana mediana!

De nuevo se adentró la hermosa muchacha en el oscuro bosque y, cuanto más andaba, más negro y frondoso se tornaba, y las copas de los árboles se entrelazaban hacia el cielo. Otro par de botitas destaconadas, otro gorrito desgastado, otro bastón de hierro roto y otro pan roído, y ante la muchacha surgió una cabaña que se alzaba sobre unas patitas de gallina y que no dejaba de dar vueltas sobre sí misma.

—Cabañita, cabañita, ponte como te digo: hacia mí la parte delantera y hacia el bosque la trasera. ¡Quiero entrar, déjame pasar!

Y la cabaña volteó hasta que la puerta se detuvo frente a ella. La muchacha entró y vio a Baba Yagá, que estaba tumbada de una esquina a otra, con los labios colgando y la nariz clavada en el techo.

—¡Puaj! ¡Antes no se veía por aquí a ningún ruso, no se le oía, pero ahora corre libre por el mundo, aparece por doquier y su olor se te mete en la nariz! ¿Cuál es tu camino, hermosa muchacha?

—Abuela, deseo encontrar a Fínist, el halcón brillante.

—Está a punto de casarse. Hoy su prometida da un festín para despedirse de sus amigas.

Baba Yagá le dio de comer y beber, y la puso a dormir. Apenas había amanecido cuando la despertó y, entregándole un platillo de oro y un huevo de diamantes, le dio estas instrucciones:

—Cuando llegues a la orilla del mar azul haz rodar el huevo de diamantes por el platillo de oro. La prometida de Fínist querrá comprártelos, pero tú no aceptes nada, solo pide ver a Fínist, el halcón brillante. Y ¡ahora ve con Dios a casa de mi hermana mayor!

De nuevo se adentró la hermosa muchacha en el oscuro bosque y, cuanto más andaba, más negro y frondoso se tornaba. El tercer par de botitas destaconadas, el tercer gorrito desgastado, el último bastón de hierro roto y el último pan roído, y ante la muchacha apareció una cabaña que se alzaba sobre unas patitas de gallina y daba vueltas sin cesar.

—Cabañita, cabañita, ponte como te digo: hacia mí la parte delantera y hacia el bosque la trasera. ¡Quiero entrar, déjame pasar!



Y la cabaña volteó hasta que la puerta se detuvo frente a ella. La muchacha entró y vio a Baba Yagá tumbada de una esquina a otra, con los labios colgando y la nariz clavada en el techo.

—¡Puaj! ¡Antes no se veía por aquí a ningún ruso, no se le oía, pero ahora corre libre por el mundo, aparece por doquier y su olor se te mete en la nariz! ¿Cuál es tu camino, hermosa muchacha?

—Abuela, busco a Fínist, el halcón brillante.

—¡Ah, hermosa muchacha! ¡Ya se ha casado con la hija del zar! Aquí tienes mi veloz caballo. ¡Monta en él y ve con Dios!

La muchacha echó a galopar por el bosque, cada vez menos frondoso.

Por fin vio extenderse ante sí el mar azul, amplio e inmenso, y divisó a lo lejos el brillo intenso de unas cúpulas doradas que, como llamaradas, coronaban las altas torres de un palacio de piedra blanca. «¡Sin duda es el reino de Fínist, el halcón brillante!», pensó la muchacha, se sentó en la arena y empezó a golpear los clavos de diamantes con el martillito de oro. De pronto vio avanzar por la orilla a la hija del zar acompañada de sus niñeras, sus ayas y sus fieles servidoras. Al ver los clavos de diamantes y el martillito de oro se detuvo y quiso comprárselos.

—¡Si me dejas ver a Fínist, el halcón brillante, te los daré de balde, zarevna! —le dijo la muchacha.

—Fínist, el halcón brillante, está ahora dormido y ha ordenado que nadie lo moleste. Pero si me das los clavos y el maravilloso martillito puedo

dejar que lo veas.

Y, tras guardárselos, echó a correr hacia el palacio. Cuando llegó clavó un alfiler mágico en la ropa de Fínist, el halcón brillante, para que durmiera más profundamente y no despertara. Después les ordenó a sus ayas que acompañaran a la hermosa muchacha hasta la habitación de su marido, el halcón brillante, y se fue a dar un paseo.

Por más que trató la muchacha de despertarlo, por más lágrimas amargas que derramó sobre su amado, no abrió los ojos...

Después de pasear hasta cansarse, la hija del zar regresó al palacio, echó de allí a la muchacha y se guardó el alfiler. Y solo entonces despertó Fínist, el halcón brillante.

—¡Oh, cuánto he dormido! —exclamó el joven—. Ha estado aquí alguien que no ha dejado de lamentarse, de verter lágrimas sobre mí. Pero he sido incapaz de abrir los ojos: ¡cómo me pesaban!

—Lo has soñado —le respondió la hija del zar—: aquí no ha venido nadie.

Al día siguiente la hermosa muchacha volvió a sentarse junto a la orilla del mar azul y se puso a hacer rodar el huevo de diamantes por el platillo de oro. La hija del zar, que estaba paseando, la vio y le dijo:

—¡Véndemelos!

—¡Si me dejas ver a Fínist, el halcón brillante, te los daré de balde! —le respondió la muchacha.

La hija del zar aceptó y de nuevo clavó un alfiler en la ropa de Fínist, el halcón brillante.

¡Qué lágrimas tan amargas volvió a derramar la hermosa muchacha sobre su amado! Pero no pudo despertarlo.

Al tercer día estaba sentada en la orilla del mar azul, triste y compungida, dando de comer carbón candente a su caballo. Cuando la hija del zar vio que el animal se alimentaba de fuego quiso comprarlo.

—¡Si me dejas ver a Fínist, el halcón brillante, te lo daré de balde!



La hija del zar aceptó, fue corriendo al palacio y dijo:

—¡Fínist, halcón brillante, deja que te acaricie la cabeza!

Y, sentándose a su lado, le clavó un alfiler en el pelo y un instante después el joven ya estaba profundamente dormido. A continuación, ordenó a sus ayas que fueran a buscar a la hermosa muchacha.

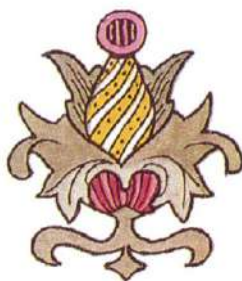
Al llegar, la joven trató de despertar a su amado, abrazándolo y besándolo al tiempo que derramaba lágrimas amargas. Pero, ¡ay!, no se despertaba. Entonces empezó a acariciarle la cabeza y, sin darse cuenta, le quitó el alfiler mágico. Fínist, el halcón brillante de plumas flamantes, se despertó al instante, y ¡cuánto se alegró al ver a la hermosa muchacha! Ella le contó todo tal y como había ocurrido: cómo habían obrado sus malvadas hermanas por envidia, cómo había vagado ella por el mundo en su búsqueda y cómo había regateado con la hija del zar para poder verlo mientras dormía.

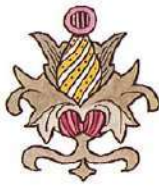
El joven, aún más enamorado de ella que antes, la besó en los dulces labios y ordenó convocar sin demora a boyardos, príncipes y hombres de todo rango. Y les preguntó:

—Quiero vuestro consejo. ¿Con qué mujer debo compartir mi vida entera? ¿Con la que me ha vendido o con la que me ha comprado?

Y todos los boyardos, príncipes y hombres de todo rango decidieron unánimemente que debía quedarse con la que lo había comprado.

Y ¡así hizo Fínist, el halcón brillante de plumas flamantes!





El pájaro de fuego



En un reino muy lejano vivía un zar que se llamaba Vyslav Andrónovich. Tenía tres hijos: Dimitri-zaréovich, Vasili-zaréovich e Iván-zaréovich.

El zar poseía un jardín tan maravilloso que no había en todo el país ninguno mejor: crecían allí árboles muy valiosos, frutales algunos y otros no. Y su favorito era un manzano que daba manzanas de oro.

Pero había un pájaro de fuego, de plumas doradas y ojos como el cristal de oriente, que adquirió la costumbre de volar cada noche al jardín, posarse en el manzano, arrancarle los frutos y después marcharse.

El zar Vyslav Andrónovich, muy afligido porque el pájaro de fuego se llevara tantas manzanas de su árbol, un buen día llamó a sus hijos y les dijo:

—¡Queridos hijos míos! ¿Quién de los tres es capaz de atrapar en mi jardín al pájaro de fuego? Al que lo logre le daré en vida la mitad de mi reino y, cuando muera, todo será suyo.

Los hijos del zar gritaron a la vez:

—¡Señor padre, majestad! ¡Con gran alegría intentaremos atrapar vivo al pájaro de fuego!

La primera noche hizo guardia Dimitri-zaréovich, que se sentó bajo el manzano del jardín, pero se quedó dormido y no oyó cómo el pájaro de

fuego llegaba al vuelo y picoteaba las manzanas. Por la mañana el zar Vyslav Andrónovich lo llamó y le preguntó:

—¿Qué, hijo mío querido? ¿Has visto al pájaro de fuego o no lo has visto?

Dimitri-zaréovich le respondió:

—¡No, mi señor padre! ¡Esta noche no ha venido!

La siguiente noche hizo guardia Vasili-zaréovich, que se sentó bajo el manzano del jardín. Pasó una hora, después otra, y se quedó tan profundamente dormido que no oyó cómo el pájaro de fuego llegaba al vuelo y picoteaba las manzanas. Por la mañana el zar Vyslav Andrónovich lo llamó y le preguntó:

—¿Qué, hijo mío querido? ¿Has visto al pájaro de fuego o no lo has visto?

Vasili-zaréovich le respondió:

—¡No, mi señor padre! ¡Esta noche no ha venido!

La tercera noche hizo guardia Iván-zaréovich, que se sentó bajo el manzano. Pasó una hora, después otra y una tercera... De pronto hubo tal resplandor en el jardín que parecía iluminado por cientos de llamas: era el pájaro de fuego, que se había posado en el manzano y empezaba a picotear sus frutos. Iván-zaréovich se le acercó con tanto sigilo y habilidad que logró agarrarlo por la cola, aunque no pudo retenerlo: el pájaro de fuego levantó el vuelo y escapó. Sin embargo, el joven retuvo en la mano una pluma que había sujetado con gran fuerza.

Por la mañana, cuando el zar Vyslav se hubo despertado, fue a entregársela. Y el soberano se alegró muchísimo de que su hijo pequeño hubiera conseguido al menos una pluma del pájaro de fuego; era fascinante, pues al ponerla en una habitación oscura daba tanta luz que parecía que hubieran encendido cientos de velas. El zar Vyslav la guardó en su gabinete como un tesoro que debe custodiarse eternamente. A partir de entonces el pájaro de fuego ya no volvió al jardín.

Un buen día el zar Vyslav llamó de nuevo a sus hijos y les dijo:

—¡Queridos hijos míos! Partid en busca del pájaro de fuego y traédmelo vivo, os doy mi bendición. Por supuesto, aquel que logre traérmelo recibirá lo mismo que prometí la vez anterior.

Los zaréviches Dimitri y Vasili empezaron a sentir envidia de su hermano pequeño por haber conseguido arrancarle una pluma al pájaro de fuego. Y, con la bendición de su padre, partieron los dos juntos en su búsqueda. Iván-zaréwich, por su parte, le rogó al padre que le diera también su bendición para partir, pero este le respondió:

—¡Querido hijo mío, estimado retoño! Aún eres joven y no estás preparado para un viaje tan difícil y largo. ¿Para qué vas a separarte de mi lado? Ya se han puesto en marcha tus hermanos. ¿Qué pasaría si te vas y tardarais mucho en regresar? Yo ya soy muy viejo y estoy a la merced de Dios. Si durante nuestra separación el Señor me quita la vida, ¿quién gobernará el reino en mi lugar? Podría haber una revuelta o surgir alguna discordia entre nuestro pueblo y, entonces, no habría nadie para apaciguar la situación; o el enemigo podría llegar hasta nuestras fronteras y no habría nadie al frente de nuestro ejército.

Sin embargo, por más que trató de retener a Iván-zaréovich no pudo convencerlo y tuvo que ceder a su insistente ruego. Así pues, el joven obtuvo la bendición de su padre, escogió un caballo para el viaje y se puso en marcha sin conocer su destino.

Recorrió caminos y senderos, y tal vez estuviera lejos o tal vez cerca, tal vez en altas montañas o tal vez en bajos valles —los cuentos se cuentan rápido, pero los hechos no lo son tanto—, hasta que un buen día llegó a un campo lleno de verdes prados. Se alzaba allí un mojón en el que había escrito: «El que siga recto pasará hambre y frío. El que tuerza a la derecha saldrá sano y salvo, pero perderá a su caballo. El que tuerza a la izquierda morirá, pero salvará a su caballo». Tras leer estas palabras Iván-zaréovich torció a la derecha diciéndose que, si su caballo moría, al menos él conservaría la vida y con el tiempo podría conseguir otro caballo.

Cabalgó un día, un segundo y un tercero, hasta que de pronto salió a su encuentro un lobo gris que le dijo:

—¡Te saludo, joven muchacho, Iván-zaréovich! ¿Acaso no leíste en el mojón que tu caballo moriría? Entonces ¿por qué tomaste este camino?

Y, después de pronunciar estas palabras, despedazó al caballo en dos mitades y se alejó. Mucho se afligió Iván-zaréovich por su animal y, derramando lágrimas amargas, siguió a pie su camino. Anduvo un día entero y, cansado hasta lo indecible, solo quería sentarse a reposar un poquito, cuando de pronto volvió a aparecer el lobo gris y le dijo:

—Me apena que estés tan exhausto, Iván-zaréovich, y también me apena haber devorado a tu buen caballo. Está bien: súbete al lomo de este lobo gris y dime adónde quieres que te lleve y con qué fin.

Iván-zaréovich le dijo hacia dónde se dirigía y el lobo gris echó a correr más veloz que un caballo. Al cabo de cierto tiempo, cuando ya era de noche, se detuvo junto a un muro de piedra no muy alto y dijo:

—Bueno, Iván-zaréovich, ya puedes bajar de este lobo gris. Trepa el muro de piedra y detrás verás un jardín donde encontrarás al pájaro de fuego en una jaula de oro. Llévatelo, pero no toques la jaula. Si lo haces, no podrás salir: ¡te atraparán al instante!

Iván-zaréovich trepó el muro, entró en el jardín y vio al pájaro de fuego en una jaula de oro.

Fascinado, sacó al pájaro de la jaula y, ya empezaba a alejarse, cuando de pronto pensó: «¿Por qué voy a llevarme al pájaro de fuego y no la jaula? ¿Dónde lo meteré?». Y dio media vuelta. Pero, apenas hubo descolgado la jaula de oro, por todo el jardín resonó un trueno y un golpe, porque la jaula tenía unos hilos atados. Los centinelas se despertaron al instante, corrieron hacia el jardín, atraparon a Iván-zaréovich con el pájaro de fuego y lo llevaron ante su zar, llamado Dolmat.

El zar Dolmat se enfadó muchísimo con Iván-zaréovich y le gritó furioso: —¿Cómo no te da vergüenza robar, joven muchacho! ¿Quién eres? ¿De qué tierras vienes? ¿De quién eres hijo y cuál es tu nombre?

A lo que Iván-zaréovich respondió:

—Vengo del reino de Vyslav, soy hijo del zar Vyslav Andrónovich y me llamo Iván-zaréovich. Tu pájaro de fuego se acostumbró a volar cada noche a nuestro jardín para arrancar manzanas de oro del manzano favorito de mi padre. Echó a perder casi todo el árbol. Por eso me ha enviado aquí, para que busque el pájaro de fuego y se lo lleve.

—¡Ah, Iván-zaréovich! —exclamó el zar Dolmat—. ¿Te parece bonito lo que has hecho? Si me hubieras pedido el pájaro de fuego, con gran honor te lo habría entregado. ¿Qué será de ti si difundo por todo el país que has obrado de un modo tan deshonesto en mi reino? Pero ¡escúchame, joven muchacho! Si me prestas un servicio, viajas hasta el remoto reino del zar Afrón, a tres mil leguas de aquí, y me traes su caballo de crines doradas, te perdonaré tus culpas y con gran honor te entregaré el pájaro de fuego. Pero ¡si no me prestas este servicio, difundiré por todo el país que eres un vil ladrón!

Iván-zaréovich salió muy triste del palacio del zar Dolmat con la promesa de traerle el caballo de crines doradas. Cuando se reunió con el lobo gris le contó todo cuanto le había dicho el zar Dolmat.

—¡Ay, ay, ay, Iván-zaréovich, joven muchacho! —exclamó el lobo gris—. ¿Por qué no has hecho caso de mis palabras y te has llevado la jaula de oro?

—Te ruego que me perdones —le respondió Iván-zaréovich.

—¡Está bien, que así sea! —convino el lobo—. Súbete al lomo de este lobo gris y te llevaré adonde necesites.

Iván-zarévích se montó en el lobo gris, que echó a correr tan veloz como una flecha y, tal vez pasara mucho tiempo o tal vez pasara poco, pero lo cierto es que ya era de noche cuando llegaron al país del zar Afrón. Cuando estaban junto a una cuadra de piedra blanca propiedad del zar, dijo el lobo:

—Entra en la cuadra, Iván-zarévích, ahora que los centinelas duermen, y llévate el caballo de crines doradas. Pero ten mucho cuidado: hay colgadas en la pared unas riendas de oro. No las toques o la desgracia se cernirá sobre ti.

Iván-zarévích se introdujo en la cuadra de piedra blanca, se hizo con el caballo y, ya empezaba a alejarse, cuando vio las riendas de oro en la pared: tanto le fascinaron que las descolgó del clavo. Pero, apenas las hubo tocado, por toda la cuadra resonó un trueno y un golpe, porque tenían unos hilos atados. Los centinelas despertaron al instante, acudieron raudos, atraparon a Iván-zarévích y lo llevaron ante su zar Afrón.

Y dijo el soberano:

—¡Te saludo, joven muchacho! Dime quién eres, de qué país vienes, de quién eres hijo y cuál es tu nombre.

A lo que Iván-zarévích respondió:

—Vengo del reino de Vyslav, soy hijo del zar Vyslav Andrónovich y me llamo Iván-zarévích.

—¡Ah, Iván-zarévích! —exclamó el zar Afrón—. ¿Te parece digno de un caballero lo que has hecho? Si me hubieras pedido el caballo de crines doradas, con gran honor te lo habría entregado. ¿Qué será de ti si difundo por todo el país que has obrado de un modo tan deshonesto en mi reino? Pero ¡escúchame, joven muchacho! Si me prestas un servicio, viajas a tres mil leguas de aquí, a un reino muy remoto, y me traes a la reina Elena la Bella, de la que hace mucho tiempo que estoy enamorado con todo el alma y el corazón, te perdonaré tus culpas y te entregaré con gran honor el caballo de crines doradas y las riendas de oro. Pero ¡si no me prestas este servicio, difundiré por todo el país que eres un vil ladrón y contaré las maldades que has hecho en mi reino!

Iván-zarévích prometió traerle a Elena la Bella y salió del palacio derramando lágrimas amargas. Cuando se reunió con el lobo gris le contó lo

que había ocurrido.

—¡Ay, ay, ay, Iván-zaréovich, joven muchacho! —exclamó el lobo—. ¿Por qué no has hecho caso de mis palabras y has tocado las riendas de oro?

—Te ruego que me perdones —le respondió Iván-zaréovich.

—¡Está bien, que así sea! —convino el lobo—. Súbete al lomo de este lobo gris y te llevaré adonde necesites.

Iván-zaréovich se montó en el lobo, que echó a correr tan veloz como una flecha, como solo sucede en los cuentos, y al cabo de poco tiempo llegaron al país de la reina Elena la Bella. Junto a una verja de oro que rodeaba un jardín maravilloso, dijo el lobo:

—Bueno, Iván-zaréovich, ya puedes bajar de este lobo gris. Vuelve por donde hemos venido y espérame en el campo, bajo un roble verde.



Iván-zaréovich le obedeció. Mientras tanto, el gran lobo gris se quedó sentado junto a la verja de oro a la espera de que la reina Elena la Bella saliera a pasear al jardín. Al atardecer, cuando el sol empezaba a ponerse por el oeste y ya no hacía tanto calor, la reina salió al jardín a pasear con sus ayas y las boyardas de la corte. Cuando estaba cerca de donde el lobo gris

aguardaba, este saltó la verja y la atrapó, volvió a saltar la verja y echó a correr con todas sus fuerzas.

Y, al llegar al roble bajo el que esperaba Iván-zaréovich, le dijo:

—¡Iván-zaréovich, sube rápido al lomo de este lobo gris!

El joven le obedeció y el lobo los llevó a ambos hasta el reino del zar Afrón.

Las ayas, las niñeras y las boyardas de la corte que habían estado paseando por el jardín con Elena la Bella corrieron de vuelta al palacio y enseguida un numeroso grupo de soldados salió en busca de los fugitivos, pero, por más que los persiguieron, no lograron darles alcance y tuvieron que regresar con las manos vacías.

Iván-zaréovich, montado en el lobo gris con la bella reina, se enamoró perdidamente de ella, y ella también de él. Llegaron al país del zar Afrón y el joven debía llevarla al palacio para entregarla. Lleno de tristeza, lloró a lágrima viva, y el lobo gris le preguntó:

—¿Por qué lloras, Iván-zaréovich?

—¡Lobo gris, amigo mío! ¿Cómo yo, joven gallardo, no voy a llorar y afligirme? Estoy perdidamente enamorado de Elena la Bella y ahora debo entregársela al zar Afrón a cambio del caballo de crines doradas. Y si no lo hago, me deshonrará en todos los países.

—Mucho te he servido, Iván-zaréovich —dijo el lobo gris—, y también en esto te serviré. Escúchame bien: me convertiré en la reina Elena la Bella, me llevarás ante el zar Afrón y te marcharás con el caballo de crines doradas. El zar creerá que soy la verdadera reina y, cuando estés muy lejos, le pediré que me deje ir a pasear al campo. Cuando esté allí con las ayas, las niñeras y las boyardas de la corte, acuérdate de mí y acudiré rápidamente allá donde estés.

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, se golpeó contra el suelo y se convirtió en Elena la Bella: resultaba imposible darse cuenta de que no era ella. Iván-zaréovich llevó al lobo gris al palacio del zar Afrón y le dijo a la bella reina que le esperara fuera de la ciudad. Cuando el joven se presentó con la falsa Elena la Bella, el zar Afrón se alegró muchísimo de recibir un tesoro que llevaba tanto tiempo deseando. Y, sujetándola, entregó a Iván-zaréovich el caballo de crines doradas. El joven salió a galope de la

ciudad, se reunió con Elena la Bella, la hizo montar con él en el caballo y juntos cabalaron rumbo al país del zar Dolmat. El lobo gris, convertido en la falsa reina, vivió en el palacio un día, dos y tres, y al cuarto fue a pedirle al zar Afrón que le permitiera ir al campo a pasear para apaciguar su añoranza y tristeza. Y le dijo el soberano:

—¡Ah, mi bella reina Elena! Lo haré todo por ti y con gusto te dejo ir a pasear al campo.

Y ordenó que las ayas, las niñeras y las boyardas de la corte la acompañaran.

Entretanto Iván-zaréovich recorría caminos y senderos, tan entretenido conversando con Elena la Bella que se olvidó por completo del lobo gris. Hasta que en cierto momento pensó en él: «Ah, ¿dónde estará?». Y, de pronto, quién sabe de dónde, el lobo apareció y le dijo:

—Iván-zaréovich, súbete al lomo de este lobo gris. Y que la bella reina cabalgue en el caballo de crines doradas.

Iván le obedeció y partieron rumbo al país del zar Dolmat. Tal vez cabalaran mucho o tal vez poco, pero por fin llegaron y se detuvieron a tres verstras^[13] de la ciudad.

Iván-zaréovich le pidió al lobo:

—¡Escúchame, lobo gris, amigo mío! Me has servido muchas veces, hazlo una última vez: ¿no podrías convertirme en un caballo de crines doradas para no tener que separarme de él?

Dicho y hecho: el lobo gris se golpeó contra el suelo y se transformó en un caballo de crines doradas. Después de dejar a la bella reina en un prado verde, Iván-zaréovich montó en el lobo gris y llegaron raudos y veloces al palacio del zar Dolmat.

Cuando el soberano vio al joven en un caballo de crines doradas se alegró tanto que salió rápidamente de sus aposentos, lo recibió en una amplia sala, le dio un beso en los dulces labios y, tomándolo del brazo derecho, lo condujo hasta una cámara de piedra blanca.

Para celebrar su alegría organizó un festín y se sentaron ante una mesa de roble con manteles bordados; bebieron, comieron y se divertieron durante dos días exactos y, al tercero, el zar Dolmat le entregó a Iván-zaréovich el pájaro de fuego y la jaula de oro. El joven salió de la ciudad, recogió a la bella Elena y la subió a su caballo de crines de oro. Y juntos cabalgaron de regreso a su patria, al reino del zar Vyslav Andrónovich.

Al día siguiente del festín, el zar Dolmat quiso dar un paseo por el campo con su caballo de crines doradas; ordenó que lo ensillaran y montó en él. Pero en un momento dado el caballo se encabritó, tiró al suelo al soberano y, convertido de nuevo en el lobo gris, echó a correr como un rayo.

Cuando pudo alcanzar a Iván-zaréovich le dijo:

—Iván-zaréovich, súbete al lomo de este lobo gris. Y que la bella reina cabalgue en el caballo de crines doradas.

Iván-zaréovich obedeció y estuvieron viajando hasta que llegaron al lugar donde el lobo gris había devorado a su primer caballo.

—Bueno, Iván-zaréovich —le dijo—, te he servido en cuerpo y alma. Aquí despedacé a tu caballo en dos mitades y hasta aquí te he traído. Bájate del lomo de este lobo gris: ahora tienes un caballo de crines doradas. Monta en él y ve donde lo necesitas. Ya no soy tu servidor.

Y cuando hubo pronunciado estas palabras echó a correr y desapareció en la espesura. ¡Con qué amargura lloró Iván-zaréovich! Y continuó su camino con la bella reina.

Tal vez cabalgaran mucho o tal vez poco, pero, cuando quedaban solo veinte verstas para llegar a su reino, Iván-zaréovich se apeó del caballo con Elena la Bella y se tumbaron a la sombra de un árbol para descansar del sol intenso. El joven ató el caballo de crines doradas al árbol y colocó a su lado al pájaro de fuego en la jaula. Echados sobre la mullida hierba y entre dulces conversaciones se quedaron profundamente dormidos.

Justo en aquel momento, después de haber recorrido diferentes países sin poder encontrar el pájaro de fuego, los zaréviches Dimitri y Vasili volvían con las manos vacías a su patria. Por pura casualidad toparon con su hermano Iván-zaréovich, que dormía, y con la bella reina. Al ver sobre la hierba al caballo de crines doradas y al pájaro de fuego en una jaula de oro se quedaron tan fascinados que decidieron matar a su hermano. Dimitri-zaréovich desenvainó la espada, atravesó con ella a Iván-zaréovich y cortó su cuerpo en varios pedazos. A continuación despertó a la bella reina Elena y le preguntó:

—¡Bella doncella! ¿De qué país vienes? ¿Quién es tu padre y cómo te llamas?



La bella reina vio que Iván-zarévích estaba muerto y, muy asustada, dijo entre lágrimas amargas:

—Soy la reina Elena la Bella y me encontró Iván-zarévích, al que habéis dado una muerte indigna. Si lo hubierais vencido en un campo de batalla seríais buenos caballeros, pero lo habéis matado mientras estaba

dormido. ¿Qué elogio merece eso? ¡Un hombre dormido es lo mismo que uno muerto!

Entonces Dimitri-zaréovich le acercó la espada al corazón y le dijo:

—¡Escúchame bien, Elena la Bella! Ahora estás en nuestras manos. Te llevaremos ante nuestro padre, el zar Vyslav Andrónovich, y le dirás que fuimos nosotros dos quienes te trajimos a ti, al pájaro de fuego y al caballo de crines doradas. Y ¡si no me obedeces te mataré ahora mismo!

La bella reina, asustada ante semejantes amenazas, les juró que diría lo que le ordenaban.

Entonces Dimitri-zaréovich y Vasili-zaréovich echaron a suertes quién se quedaba con ella y quién con el caballo de crines doradas: al primero le tocó la bella reina y al segundo el caballo de crines doradas. Acto seguido Vasili-zaréovich subió a la bella reina a su buen caballo, mientras Dimitri-zaréovich montaba en el caballo de crines doradas y tomaba el pájaro de fuego para entregárselo a su padre. Y, de este modo, se pusieron en camino.

Iván-zaréovich yació muerto ahí mismo treinta días exactos, hasta que el lobo gris topó casualmente con él y lo reconoció por el olor. Quiso ayudarlo, devolverle a la vida, pero no sabía cómo. Entonces vio a un cuervo que revoloteaba con sus dos corvatos por encima del cadáver de Iván-zaréovich y estaban a punto de descender para comérselo. Se escondió detrás de un arbusto y, dando un salto repentino, atrapó a uno de los corvatos y se dispuso a despedazarlo en dos mitades. El cuervo, posándose a cierta distancia, le dijo:

—¡Te saludo, lobo gris! ¡No lastimes a mi cría, no te ha hecho nada malo!

—¡Escúchame bien, cuervo! —repuso el lobo gris—. No lastimaré a tu cría ni sufrirá ningún daño si me prestas un servicio: vuela a tres mil leguas de aquí, a un reino muy remoto, y tráeme agua de la muerte y de la vida.

A lo que el cuervo respondió:

—Te prestaré este servicio, pero ¡no toques a mi hijo!

Y, después de decir estas palabras, levantó el vuelo y no tardó en desaparecer de la vista.



Al cabo de tres días el cuervo regresó con dos frasquitos: en uno llevaba agua de la vida y en el otro de la muerte, y se los entregó al lobo gris.

El lobo gris los agarró, partió al corvato en dos pedazos y le roció agua de la muerte: las dos mitades se juntaron; después le roció agua de la vida: el corvato sacudió las alas y levantó el vuelo.

Acto seguido roció a Iván-zaréovich agua de la muerte: los pedazos de su cuerpo se juntaron; le roció agua de la vida y el joven se levantó.

—¡Ah, cuánto he dormido!

A lo que el lobo gris le contestó:

—Sí, Iván-zaréovich, de no ser por mí habrías dormido eternamente. Tus hermanos te despedazaron y se llevaron a la bella reina Elena, al caballo de crines doradas y al pájaro de fuego. Ahora vuelve a tu reino lo más rápido que puedas, porque hoy tu hermano Vasili-zaréovich va a casarse con tu prometida, la bella reina. Y, para que llegues antes, súbete al lomo de este lobo gris. Te llevaré.

Iván-zaréovich le obedeció y partieron hacia el país del zar Vyslav Andrónovich.

Tal vez pasó mucho tiempo o tal vez poco, pero por fin llegaron a la ciudad. Iván-zarévích bajó del lobo gris y corrió hacia el palacio, donde se encontró con que su hermano Vasili-zarévích se estaba casando con la reina Elena.

Iván-zarévích entró en la sala y, en cuanto la bella reina lo vio, se levantó de un salto, le besó en los dulces labios y empezó a gritar:

—¡He aquí mi querido prometido, Iván-zarévích, y no el malvado que está sentado en aquella mesa!

El zar Vyslav Andrónovich se puso de pie y le preguntó qué significaban sus palabras. Elena la Bella le contó la pura verdad de cuanto había sucedido: que Iván-zarévích la había traído a ella, al caballo de crines doradas y al pájaro de fuego, que sus hermanos mayores lo habían matado mientras dormía y que la habían atemorizado para que dijera que ellos la habían traído.

El zar Vyslav, furioso con los zaréviches Dimitri y Vasili, los hizo encerrar en una mazmorra.

Iván-zarévích se casó con la bella reina Elena y, a partir de aquel día, vivieron sin poder separarse ni un minuto, en amor y armonía.

